

PROCURO OLVIDARTE

Anatoly Scherbin

PROCURO OLVIDARTE

Aguja Literaria

PRIMERA EDICIÓN

Mes 20XX

Editado por Aguja Literaria

Noruega 6655, dpto. 132

Las Condes - Santiago de Chile

Fono fijo: 56 - 227896753

E-Mail: contacto@agujaliteraria.com

www.agujaliteraria.com

Facebook: Aguja Literaria

Instagram @agujaliteraria



ISBN

XXXXXXXXXXXXXX

Nº INSCRIPCIÓN:

XXX.XXX

DERECHOS RESERVADOS

Título del libro

Nombre Autor

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

Los contenidos de los textos editados por Aguja Literaria son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan el pensamiento de la Agencia

TAPAS:

Imagen de Portada:

Diseño: Nombre Apellido

ÍNDICE

Capítulo i.....	11
capítulo 2.....	17
capítulo 3.....	21
capítulo 4.....	25
capítulo 5.....	43
capítulo 6.....	49
capítulo 7.....	55
capítulo 8.....	57
capítulo 9.....	67
capítulo 10.....	71
capítulo 11.....	77
capítulo 12.....	85
capítulo 13.....	95
capítulo 14.....	101
capítulo 15.....	109

Para Aliya Mustafina

Capítulo I

En su imaginación, Yasna veía el aparato telefónico arrancado de cuajo de la pared y lanzado a la mitad de la calle. En la realidad, había colgado el tubo en su lugar, en absoluto silencio. Todo entre ella y Germán había terminado. Germán confesó su infidelidad y, por supuesto, no estaba dispuesta a perdonar semejante ofensa a ella y a la confianza que le tenía.

“Ah, ¡pero ya va a ver!”, pensó luego de encerrarse en su pieza a llorar abrazada a su oso Donoso, un espécimen de peluche que la acompañaba a los veintitantos como lo había hecho desde su infancia, fielmente y en silencio. “¡Va a ver quién soy yo! ¡Me va a conocer! ¡Sabrá quién es Yasna Leiva Fajardo! ¡Quién...!”.

—¿Quién soy? —se preguntó en voz baja, cubriéndose la cara con la sintética figura del oso Donoso—. ¡Una estúpida! ¡Eso soy! ¡Una crédula, tonta... cobarde! ¡Sí, cobarde! ¡Las cosas que le debería haber dicho y no le dije! ¡Las zonceras que tuve que escuchar y ni pío de mi parte! ¡La forma cínica en que me dijo los comos y cuandos! Con lujo de detalles, como si fuera yo uno de sus amigos, el tal Lucho o el Perico, que le festejan todas las hazañas.

Esta ambivalencia era típica de Yasna, fue ella quien lo había interrogado y presionado hasta que el compungido Germán tuvo que hablar de sus encuentros con Jocelyn, la recepcionista del restorán Carta Blanca. Ahora lo odiaba y despreciaba por ello... y a sí misma, también a su amiga Mariela, que era quien los había visto salir del motel cuando entraba con su pareja.

—¡Y pidiéndome perdón el muy sinvergüenza! Si no fuera porque lo pillaron, todavía se estaría viendo con ella, riéndose los dos de mí.

Parecía estar a punto de tener éxito en su intento de asfixiarse con la peluda masa del oso Donoso, cuando sintió abrirse lentamente la puerta.

—¿Y? ¿Qué dijo? —preguntó Dana, su hermana, con extática curiosidad.

Por respuesta obtuvo una mirada que denotaba una desazón extrema.

Dana sintió deseos de morderse la lengua.

Yasna se incorporó como pudo y se acurrucó en la cama, se tomó los pies con ambas manos y suspiró hondo.

—Lo confesó todo. Era todo cierto. Hace un mes que me estaba engañando con la cara de caballo esa. Dice que no sabe qué le pasó, que fue amor a primera vista, que me aprecia mucho, pero esto es diferente, y bla, bla, bla...

—Oh... sí, diferente. Como dicen, después de un tiempo hasta las papas fritas aburren, y tú no eres nada papas fritas, eres demasiado fina para su paladar echado a perder.

Yasna intentó sonreír, pero no resultó.

—Yo aún lo quiero, a pesar de lo que hizo. Mira si seré tonta.

—No es de tonta, es de buena que eres. Buen corazón, que seguro esa otra equina no lo tiene. Bueno, por lo menos al hipódromo va a poder salir con ella. ¡Lindos se van a ver! ¡Él chico y ella con ese caracho!

Yasna rio en voz baja de la ocurrencia de su hermana y luego le tomó la mano, mientras con la otra buscaba el control remoto. Encendió el televisor y ambas quedaron en silencio un instante, mirando la transmisión de MTV.

—Bueno, me tengo que ir —dijo al fin Dana—. Tengo turno, me voy a cambiar.

Dana era suboficial de Carabineros y trabajaba en la Comisaría No. 6 de Recoleta. Germán lo sabía y le temía. La suboficial Leiva sabía usar sus influencias.

—En fin, que se quede con ella. Tú tienes al rusito, ¿eh? Para desquitarte. —Le guiñó el ojo y le acarició la mejilla.

Yasna se sintió mucho mejor después de la conversación con su hermana, con sus padres no tenía la misma confianza, ni se atrevería a contarles lo que había hecho Germán, pues el sermón que recibiría sería insoportable.

Sintió el ruido del motor del automóvil de su hermana, un Fiat Palio, y mientras seguía con la mirada en la ventana el destello de las luces traseras del automóvil, pensaba en que Dana estaría ahora pasando por enfrente del Lubricentro Scala, donde trabajaba Yevgeni, Yeva, el “rusito”.

—¿Qué te vas a comparar? —decía como si le hablara a Germán con Yeva—, ese sí es un hombre.

Yevgeni Plashkin, “Yeva” para sus compañeros de trabajo, había llegado de Rusia hacía menos de un año. Había aprendido bastante bien a hablar español, tan bien, que sabía identificar las palabrotas y se negaba a utilizarlas, así como a enseñar juramentos en su idioma natal. Era tenido por caballero y respetado además por su enorme fuerza física y fina destreza manual, habilidades que pocas veces se encontraban al mismo tiempo.

Decía haber nacido en el campo cerca de Moscú, y poco hablaba acerca de su pasado. Nunca le habían visto u oído comunicarse con su familia, lo que parecía extraño a seres tan tradicionalmente gregarios como los chilenos. Él, a su vez, les respondía: “Ustedes son como un engrudo. No se sabe dónde empieza uno y termina el otro”.

Yevgeni parecía feliz en su relativa soledad, su única preocupación era su trabajo y fuente de ingresos. “Si no tengo esto, no tengo nada”, decía.

Tampoco las mujeres parecían interesarle, más allá de la admiración pasiva hacia ellas. Recibía halagos e invitaciones con mucha frecuencia, pero correspondía a aquellos y rechazaba estas con la mayor cortesía. Tan solo una vez tuvo una cita con una muchacha del barrio, aunque no fue una experiencia para nada agradable. Ella hacía muchas preguntas y más conjeturas acerca de un pasado del que Yevgeni no estaba preparado para hablar. Él fue muy cortés y amable, pero desde entonces evitó encontrarse con ella y no volvió a hacerlo con nadie más.

Con respecto a Yasna, Yevgeni sentía una enorme simpatía, quizás porque sabía que ella estaba en una relación estable; se sentía más en confianza que con otras mujeres. Algo había en su cara redonda, ojos grandes de color avellana, cabello lacio y largo hasta la mitad de la espalda, que a veces dividía en gruesas trenzas pegadas a su cabeza, algo que le recordaba a las bellezas de su patria. Yasna se hubiera visto igual de bien con un faldón y una camisa en medio del campo, recogiendo papas en una canasta. Poseía un encanto y belleza místicos.

Temprano en la mañana la vio pasar por el frente del lubricentro, camino de la Escuela de Lenguaje en la que trabajaba

como educadora de párvulos. Un empleo que Yevgeni encontraba maravilloso, y de cuyos desafíos le hablaba para desmitificar su idea de la supuesta delicia de pasar los días rodeada de infantes. A Yasna le sorprendió el interés de Yeva por los niños, él le recordó que también había sido uno y esos años de infancia habían sido los mejores de su vida. No había despertado aún a la dura realidad de la vida, acompañada del colapso del país y la sociedad en que nació. Yeva deseaba para los niños una experiencia igual de feliz y un mejor futuro que el que le tocó en suerte.

—Yeva —le dijo Yasna al verlo en un tono de camaradería más que casual—, necesito hablar contigo.

—¿A... ahora? —respondió estupefacto.

—No, no, en la tarde. Mira, este es mi número. Me llamas después de las ocho. ¡Es importante! ¡No te olvides!

Yevgeni echó una mirada por ambos lados del papel en que estaba escrito el número de Yasna (que había dibujado un diminuto corazón debajo de su nombre), era un volante en el que se anunciaba un servicio de grúas. Entró al local comercial rascándose la rubia cabellera. En el mostrador estaba su jefe, don Ricardo Osos.

—Don Ricardo —dijo Yevgeni con su característica pronunciación de la erre rusa—, necesito pedirle un favor.

—Sí, hijo, lo que necesite —respondió solícitamente, mirándolo por encima de sus lentes.

Ricardo Osos había recibido con los brazos abiertos a Yevgeni tan solo con saber que provenía de (lo que había sido) su admirada Unión Soviética. Militante comunista, se enorgullecía ahora de tener entre su personal a “un hijo de la gran Madre Rusia”.

—Sucedé, don Ricardo —explicó Yeva en un susurro— , que hay una muchacha... me dejó su número...

—¿Hmm-hmm?

—Y tengo que llamarla esta tarde, pero yo no tengo teléfono. ¿Puedo usar el de la empresa?

—¿A qué hora tienes que llamar?

—A las ocho dice.

—A las ocho cerramos, tú sabes. Pero hagamos una cosa. Yo te dejo las llaves y luego cuando termines me las pasas a dejar a la casa.

—Sí, don Ricardo, gracias.

—Pero ¡Yeva, no pareces nada muy emocionado! ¿O no te gusta esta niña?

Yevgeni sonrió, doblando nerviosamente el papel y metiéndoselo al bolsillo.

—Es una amiga... y se va a enojar si no lo hago.

—Quizás quiere ser algo más que “una amiga”.

Yevgeni comenzaba a alejarse, pero don Ricardo le llamó con su callosa mano.

—Mira, tovarish. Yo entiendo que estás acostumbrado a estar solo, pero tarde o temprano te va a llegar el amor. Prométeme una cosa —agregó apuntándole con el dedo índice—, si esta amiga tuya te invita a salir, le vas a decir que sí, ¿de acuerdo? Y me vas a contar después cómo te fue, a lo mejor te llevas una sorpresa, ¿te parece?

—Si usted lo dice, don Ricardo, así va a ser —respondió alzando del suelo una caja de botellas de glicerina.

—Así va a ser, camarada —repitió don Ricardo, dando una palmada al torso del ruso antes de que este se alejara para meterse entre los estantes.

Capítulo 2

Al final de la jornada, el local quedó prácticamente a oscuras, salvo la oficina de don Ricardo, en cuyo escritorio se sentó Yevgeni para tomar el teléfono y marcar el número escrito por Yasna.

Dos veces escuchó el tono de marcado y se imaginó el aparato receptor del otro lado de la línea sonando dos veces. Un aparato genérico que no necesariamente se correspondía con el modelo que la familia Leiva tenía en su hogar.

—¿Aló? —escuchó decir en el auricular a una persona con voz algo distinta de la que conocía de Yasna.

—Hola —dijo Yevgeni. Había aprendido en un libro de conversación en español que la forma estándar de respuesta ante el teléfono era “hola”, y le gustaba el sonido de esa palabra—, ¿está Yasna?

—Un momento, por favor —dijo la voz con una pronunciación que podría pensarse que remedaba el acento eslavo. Luego, silencio. La persona en cuestión seguramente había cubierto el auricular.

Luego se oyó un sonido como de un inhalador medicinal.

—¿Aló? ¿Yeva? —dijo una voz que Yevgeni reconoció como la de Yasna.

—Sí, sí, soy yo. Me dijiste que te llamara. Dime, ¿qué es lo que ocurre? —En su cabeza, Yevgeni se reprendió a sí mismo por ser tan tajante. Los nervios evidentemente le estaban jugando una mala pasada. Su intención de ir al grano y despejar la incertidumbre que lo había afligido durante todo el día, impidiéndole concentrarse plenamente en sus

tareas lo había hecho olvidar las fórmulas de cortesía que normalmente eran su marca registrada, su segunda naturaleza. El titubeo de Yasna indicaba que ella también estaba sorprendida por la forma en la que él se había dirigido a ella. Se sintió como se siente una actriz que ha ensayado varias veces el mismo diálogo y de pronto se encuentra con que el actor utiliza una frase distinta a la que estaba escrita en el guion. La pregunta no es cómo, sino por qué iba a improvisar cuando ya estaba todo previsto. Por qué Yasna, que se había dispuesto a confiar sus cuitas a su amigo, debía responder como si el asunto fuese una urgencia del tipo de las que Yevgeni atendía como empleado de una empresa de servicios para el automotor. ¿Era de aquello de lo que se trataba?

—Disculpa, Yevgeni —dijo Yasna sin intención real de disculparse, llamándole por su nombre como figuraba en el pasaporte, como pocas veces lo hacía, y quizás le hubiera agregado el patronímico si lo hubiera conocido—, pero necesitaba hablar con un amigo, un hombre, acerca de otro hombre. —La primera vez que dijo la palabra “hombre” la pronunció con énfasis, pero la segunda vez fue mucho más simple, desdeñosamente.

Yevgeni estaba perplejo, aunque comprendió a quiénes se refería.

— ¿Le pasó algo a tu novio?

Silencio. Yasna se rascaba con la mano izquierda el brazo derecho pensando: "¿Cómo puede ser tan brusco este gallo?".

—Germán está muy bien —dijo con afectada indiferencia—, y ahora es el novio de otra.

—Oh... —respondió Yevgeni. Luego, por unos segundos, nada.

Yasna palmeó el auricular del teléfono para asegurarse de que seguía funcionando.

—Entiendo —oyó decir luego a su interlocutor.

“No entiendes”, pensó Yasna, acostumbrada al jugueteo de los chilenos, prestos a aprovechar cualquier oportunidad que se presentara para llevar la contraria. El rubio inmigrante estaba demostrando un interés forzado y una conmiseración que poco se acercaban a las expectativas de Yasna.

—¿Y tú? —preguntó Yevgeni.

A esa altura de la conversación, Yasna no sabía cuál era el motivo detrás de su pregunta. Pero siguió decidida a representar su papel.

—Yo... sola —respondió casi en un susurro, que podía entenderse como un lamento y también, como una invitación.

—¡Ah, claro!

Yasna estaba al borde de la histeria. Yevgeni no podría ver las señales del Apocalipsis, si no estaba viendo las que ella le enviaba. Ella podía decir adiós y hasta luego en ese momento o podía ser la que tomara la iniciativa.

—Quiero decir que ahora tengo más tiempo y estoy desocupada. Podríamos, por ejemplo, ir a comer algo, conversar más tranquilos... Claro, si tú también quieres.

Yevgeni temía que ese momento de la conversación llegaría, pero prefería no creer en el vaticinio de don Ricardo. Lo vio como un espectro frente a sí (en realidad lo que estaba viendo era un portarretrato con una fotografía de don

Ricardo junto a su esposa y sus dos hijos de vacaciones en Chiloé) y sintió vergüenza de fallarle a su mentor y amigo.

—¡Sí, claro! —dijo con un entusiasmo que hizo revivir las esperanzas de Yasna.

—¡Perfecto! Justamente este viernes estaba pensando que podríamos... —¿Hacer qué? Casi se le había olvidado la propuesta que tenía en mente—, que podríamos ir a probar ese nuevo restaurante chino que abrió hace poco en Santos Dumont.

Yevgeni había probado la verdadera comida china en la misma China en su juventud, así que pensó que sería una experiencia interesante, la comparación entre la cocina que él había degustado y lo que se ofrecía a los comensales sud-americanos.

—Me parece bien. Nos veremos el viernes —dijo con el mismo entusiasmo. No quería decepcionar a don Ricardo, y la verdad, no le desagradaba para nada la compañía de Yasna. Sería una experiencia positiva para ambos. Entonces, ¿por qué no?

Luego de despedirse, Yasna estrechó el auricular del teléfono contra su pecho. No había sido la conversación que esperaba, pero se había producido el resultado deseado. Se sentía feliz. Germán comenzaba a ser parte del pasado.

Yevgeni colgó el auricular y mirando fijo la imagen sonriente de don Ricardo en una lancha con chaleco salvavidas y rodeado de su familia, le dijo en ruso:

—Lo hice por usted, tovarish.

Acto seguido y con movimientos de autómatas, de quien simplemente ha cumplido con su deber, se puso su chaqueta, recogió las llaves del escritorio y apagó la luz.

Capítulo 3

Llegó el viernes y se produjo el encuentro en el lugar convenido.

—Ahora, prométame usted que no le dirá nada a ninguno de los compañeros —dijo a su jefe.

—Por supuesto, tovarish, aunque ya se enterarán cuando te vean del brazo de esa muchacha —dijo riendo.

Yevgeni se había vestido con una camisa blanca y un sencillo pantalón azul de mezclilla. Tenía un par de zapatos color café claro algo gastados, pero a los que una capa de betún daba una renovada apariencia. Desde la esquina en que habían convenido encontrarse, esperaba mirando hacia el sudoeste las últimas luces del atardecer. Había salido de su trabajo al mediodía para tener tiempo para prepararse, pues por falta de práctica era bastante lento en el planchado y la preparación de su persona.

Yasna apareció por el extremo opuesto de la calle, justo frente a la esquina. Llevaba puesto un vestido blanco con flores rojas, que en su centro albergaban botones amarillos. Sus sandalias eran a la vez elegantes y modestas, combinaban muy bien con el color de su piel.

—¡Hola, Yeva! —dijo con una gran sonrisa que revelaba sus dientes blancos y pulidos, enmarcados en sus carnosos labios—, pensé que no vendrías.

—Por supuesto que sí —respondió, que no podía apartar los ojos del radiante rostro de su amiga—. Nunca pido permiso para nada en la empresa, pero estar contigo valía la pena.

—¡Ese Yevgeni, trabajólico! —bromeó tomándole del brazo. Aún le costaba pronunciar su nombre completo, y

algunas veces casi no pronunciaba la “v”, otras agregaba a esta una “e” innecesaria e imperceptible que convertía las tres sílabas en cuatro.

Entraron al restorán y se sentaron en la parte posterior, frente a frente en esos mullidos asientos típicos de cafetería, de cuerina color té con leche.

Fueron atendidos con mucha rapidez y solicitud por un adolescente de aspecto oriental, seguramente hijo o sobrino de los dueños.

—Algunos de estos platos los conozco, aunque no se veían así —comentó Yevgeni, mirando otra vez la carta luego de que sus pedidos fueran tomados—, y me imagino que no serán tan picantes. ¿A ti te gusta la comida picante?

—Picante moderado, no excesivo —respondió Yasna, echando una mirada no a su propio menú, sino a lo que señalaba el ruso—. ¿Estuviste en China?

—Dos veces, una en Beijing y otra en Shanghai y Hong Kong.

—¡Qué maravilla! —respondió Yasna, apoyando el dorso de la mano en su mentón—, a mí me encantaría viajar así.

Yevgeni sonreía plácidamente.

—Será muy bueno que lo hagas mientras aún eres joven y no tienes familia.

—Y tú, Yeva...—respondió reflexiva— ¿Has sabido algo de tu familia?

—A veces recibo cartas, pero no muy seguido.

Yevgeni mentía. Nunca más se había comunicado con ellos. Pero Yasna no tendría cómo comprobarlo, le había dado la respuesta que esperaba sería satisfactoria para ella.

Les fue servida la comida (arrollados con arroz chaufan para ella y pollo agridulce para él) y la conversación se centró en las bondades de la cocina chilena y las diferencias con lo que se consume en Rusia. Yasna mencionó por casualidad a Germán al hablar de sus vacaciones en la playa, en Pichilemu, y al darse cuenta bajó la mirada y quedándose en silencio, se dedicó a juntar con el tenedor los granos esparcidos de arroz.

Yevgeni, movido por un impulso que ni él supo explicar de dónde vino, tocó con los dedos de su mano derecha los de la izquierda de Yasna, haciéndole sonrojar y sonreír a la vez.

Al salir del restorán se miraban el uno a la otra con mucha simpatía y un naciente afecto.

—¿Estarás libre el domingo, cierto? —le preguntó Yasna— ¿Quieres ir mañana en la noche a tomar algo? Conozco un bar que se convierte en discoteca pasada la medianoche. Mi hermana nos puede llevar o prestarme el auto si no está de turno.

A Yeva le pareció una interesante propuesta, y así lo dijo:

—Si tu hermana no puede prestarte el auto, yo se lo puedo pedir a don Ricardo.

Don Ricardo se lo había ofrecido, pero él no estaba seguro de aceptar. Ahora pensó que sería un espacio cómodo para conversar a solas con ella y un gesto con el que podría demostrar verdadero interés. Se sorprendió a sí mismo por lo rápido que se estaba dejando llevar con la situación. Aunque en su adolescencia era él quien tomaba la iniciativa y hacía las propuestas de acuerdo al carácter de la muchacha en cuestión, al que se sabía adaptar.

—Nos vemos entonces mañana —dijo Yasna y lo abrazó.

Yevgeni correspondió, poniendo sus manos en los hombros de Yasna. Se sonrieron al separarse y cada uno tomó su propio camino.

Yevgeni Plashkin volvió a su casa silbando una canción de pop ruso.

Capítulo 4

Al día siguiente, al despertar, Yevgeni tenía la sensación de culpa de quien sabe o cree recordar que ha hecho algo indebido la noche anterior bajo los efectos del alcohol. Había sido más que amistoso con Yasna, le había dado esperanzas más allá de lo que era capaz de ofrecer. ¿Realmente podría hacerla parte de su vida y él de la de ella? Eso se preguntaba mientras se afeitaba el naciente bigote rubio.

Durante la jornada de trabajo el pensamiento lo acompañó, aunque lo mantuvo en un segundo, o mejor dicho, tercer plano, ocupado como estaba, entre cambios de aceite y reparaciones menores, pero que se sucedían, dándole poco tiempo para descansar. Sus compañeros eran igual de expertos, pero preferían que él se ocupara de los casos más difíciles. Tenía la misma reputación que un cirujano acreditado entre los clientes. Su pericia, sumada a su cordialidad y, por qué no decirlo, el mero efecto que su apariencia provocaba entre la clientela, especialmente la femenina, le reportaba jugosas propinas que compartía con sus colegas, comprando bebidas de dos litros para el refrigerador común, y sacando de apuros a los que estaban más afligidos económicamente, con discreción.

De hecho, uno de ellos, aficionado al arte, había copiado de un libro un ícono de la Iglesia Ortodoxa y lo había adaptado a Yevgeni. “San Yeva” rezaba la imagen a los lados de la cabeza aureolada del joven, vestido con traje enterrizo de mecánico, sosteniendo una hoja de papel en la que se leía: “Todo Listo”, su muletilla a la hora de coronar cada exitosa tarea.

Ellos también se preguntaban cuándo, el rey de los mecánicos, tendría su reina.

—Ya has dado un buen primer paso —le dijo don Ricardo—, y ahora irás tan lejos como quieras. Mi consejo es que no pierdas esta oportunidad, pero está en ti, es tu vida.

Yevgeni agradecía con sinceridad su interés y preocupación, era una persona que podría haber descartado con facilidad cuando apareció por primera vez en la puerta de su local, debido a su desconocimiento del español. Tuvieron que entenderse en inglés, idioma que ambos conocían a medias, y en el que Yevgeni concibió la frase que selló su destino:

—Déjeme mostrarle lo que soy capaz de hacer.

Ricardo le dio una respuesta de la que nunca se arrepintió:

—Una oportunidad —dijo apuntando con el dedo índice hacia arriba—, un día.

Un día que gracias a los progresos realizados en el dominio del idioma, se convirtió en una semana y un mes, al que siguieron otros.

Lo más difícil fue manejar el dinero chileno, calcular cuánto era “barato” o “demasiado caro” con respecto a los artículos que necesitaba comprar y el alojamiento que debía conseguir. Don Ricardo se encargó de estas cosas corriendo con todos los gastos, luego de convencer a Yevgeni de que era impropio de él dormir en el lubricentro. Con todo gusto se lo hubiera llevado a su casa, de no ser por un detalle: Yeva era alérgico a los gatos. La señora María Isabel, esposa de don Ricardo, tenía tres.

Finalmente Yevgeni se instaló en un departamento interior que pertenecía a una familia amiga de don Ricardo.

Un lugar tranquilo, en el que ni siquiera se sentía su presencia porque pasaba el tiempo libre leyendo y escuchando música en su walkman. Música de su país (de la que había encontrado casetes en el mercado de Franklin), y lo que encontraba interesante en la escena musical chilena.

Una de esas bandas alternativas que había descubierto escuchaba al llegar de nuevo a su casa para preparar la ropa que usaría esa noche, en su segunda cita con Yasna. Esta vez elegiría algo más cómodo y que le permitiera desplazarse por la pista, que era lo más cercano que podía hacer al bailar.

Al menos, se decía, conocía el tipo de música con el que se encontraría en el lugar, cualquiera fuese, al que Yasna le había invitado.

Salió a la calle y esperó unos minutos hasta que su amiga apareció manejando el Fiat Siena de su hermana. Danae se había ido caminando y volvería recién a la mañana siguiente.

Yevgeni subió al automóvil, y en efecto, Yasna estaba escuchando una de las bandas de músicaailable más populares de Chile. Era un buen prelude para lo que vendría después en el bar discoteca.

Yasna le ofreció uno de los caramelos que su hermana había dejado en el espacio junto a la caja de cambios. Sabía a la vez a menta y chocolate, cosa que encantó a Yevgeni.

—¿Te molesta si fumo? —preguntó ella mientras manejaba en dirección al sur.

—A mí no —respondió Yevgeni—, pero no sé si a tu hermana le molestará después.

—Ella también lo hace —replicó tomando el volante con una mano, para con la otra sacar un cigarrillo y el encendedor de su cartera.

Yevgeni encendió el cigarrillo y Yasna bajó un poco más la ventanilla, miró a su acompañante con una sonrisa de picardía, y consumió de una piteada unos dos centímetros de tabaco que fue reducido a cenizas, las que ella diestramente soltó por la ventanilla, golpeando suavemente el filtro con la punta de los dedos.

El bar al que Yasna lo había invitado y al que acababan de llegar se llamaba Tres Quintos, un nombre que Yeva encontró interesante, pues se abría a una infinidad de interpretaciones. En las paredes, además de las típicas imágenes de James Dean y Elvis Presley, otras estrellas de cine menos conocidas, seguramente de origen latinoamericano, sonreían en sendas fotografías autografiadas o posaban en afiches promocionales, películas antiguas y contemporáneas del cine soviético en blanco y negro, que era el “esto o el hambre” para la generación de sus padres y abuelos.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Yasna mientras él admiraba la figura de una pin-up latina de formas extravagantes.

—Stolichnaya —respondió mecánicamente y luego, con tono de condescendencia, como de maestro a alumna, aclaró—. Vodka con Coca-Cola. ¿Y tú, qué vas a tomar?

—Heineken —imitó su acento y puso su dedo pulgar en su nariz.

Yevgeni correspondió acariciando brevemente su cabeza.

Yasna se alejó y se perdió entre la multitud que a esa hora colmaba el recinto. Él caminó hacia la entrada entre las

mesas y sillas aún disponibles, más alejadas de la improvisada pista de baile. Miraba hacia afuera, a las personas que hacían fila en la entrada, cuando sintió una mano en su hombro. Sonrió pensando que se trataba de Yasna con el trago que había pedido, pero al instante escuchó la voz, distinta a la de su amiga, llamándole:

—Kiril.

Creyó oír mal y esperaba que así fuera, no se dio la vuelta, pero otra vez la mujer le llamó, esta vez casi gritándole:

—¡Kiril!

En la ventana vio el reflejo de la persona que sabía estaba llamándole por ese nombre. Una mujer cercana a los treinta años, ojos cafés y cabello rubio oscuro, rizado en las puntas, que llevaba una chaqueta de denim, una camiseta de una banda de heavy metal y pantalones negros.

—Disculpe, señorita —dijo, mirándola de costado—, debe estar confundida, no soy al que busca.

—Sí, es usted —replicó ella—. Praporschhik Kiril Poloyedov.

—Imposible —insistió él, interpelado a forzar la tos para no dejar ver su rostro—, mi nombre es Yevgeni Plashkin.

—Sí, claro, y yo me llamo Oksana Akimitskaya. Mira —Le mostró un carnet de extranjera residente en Chile—. Entiendo que te quisieras ocultar en este lugar... —Miró con desdén a su alrededor—, pero ya te encontramos. En realidad lo hicimos hace días, pero no salías de tu casa. Bendita sea esa muchacha que te guio hasta nosotros.

La muchacha en cuestión estaba de pie detrás de la rubia. Había traído los tragos pedidos y encontró a su pretendido conversando en su lengua materna con una extraña de apariencia vulgar, por decir lo menos.

— ¿Y esta quién es? — preguntó airadamente a Yevgeni.

La aludida, a pesar de sus deseos de responder con la misma o mayor violencia, conservó la calma.

— Soy amiga de ¿cómo dijiste que te llamas? — dijo en tono burlesco mirando a su compatriota —, de Yevgeni. ¿Puedo? — preguntó mirando al llamado Kiril, antes de tomar de Yasna el vaso de vodka con Coca-Cola.

— Yeva, dijiste que no conocías a nadie aquí — espetó la mujer, que aún sostenía por el cuello la botella de cerveza —, ¿es tu amiga y no sabe tu nombre?

Oksana se acercó a ella demostrando confianza, como si fuera a revelar un secreto. Y de hecho eso hizo.

— Sucede... — dijo mirando el vaso que agitaba en círculos haciendo tintinear el hielo en el cristal — que ese no es su nombre, pero da igual, yo tampoco estoy usando mi verdadero nombre aquí.

Bebió un largo sorbo mirando a Yasna de reojo, quien miraba enfurecida a Yevgeni, o a Kiril. Ya no sabía qué estaba viendo.

— ¿Me van a explicar de qué se trata todo esto? ¿O viniste solamente a estropear todo por gusto? — gritó, la música estaba bastante alta en el interior del bar —. ¿Es tu ex? — agregó mirando a Yevgeni.

— ¡No, no!

—Aunque... —terció la rubia— sí estuvimos juntos, pero fue en otro tiempo. Ahora no me interesa, es tuyo si lo quieres.

—Entonces, ¿para qué lo quieres tú? —preguntó Yasna, sin soltar la botella que deseaba romper en la cabeza de su contraparte.

—No a él, sino sus servicios —replicó la rusa.

—¿Servicios?

La rubia hizo el gesto de portar un fusil, apuntar y disparar.

—¡Piugh!

—Okey... a ver, Yeva... No, Yeva no, ¿cómo te llamas entonces?

—Kiril. Kiril Poloyedov.

—Kiril, ¡qué nombre de mierda! —respondió Yasna, echando por primera vez en la garganta un trago de cerveza que necesitaba más que nunca, para digerir estas revelaciones—. ¿Quién eres, quién es ella y por qué te busca? ¡La verdad! —advirtió con el puño cerrado—, yo soy experta en escuchar mentiras, así que quiero la verdad. ¡A ver!

Kiril suspiró profundamente y comenzó a narrar su verdadera historia:

—Soy... ¿cómo se puede decir en español?

—Sargento... Sargento primero... —dijo la rubia, arrugando el mentón.

—Sargento primero del ejército. Veterano de la guerra de Chechenia.

—De la primera guerra —aclaró su compatriota.

—De la primera, de acuerdo. Y ella se llama Vitalina Dzherkidze.

—¡Vitalina! —interrumpió Yasna—. Nombre de animadora de programa para niños —agregó, bebiendo otro trago de la botella.

—O por lo menos aquí, Oksana Akimitskaya. Te digo esto para que veas que Kiril no es el único.

—A ver, ¿y por qué se ocultan? ¿De quién? —preguntó, cruzándose de brazos, escéptica.

—De otros rusos —respondió Vitalina—, para quienes las guerras aún no han terminado.

—¿Y de los chilenos? —volvió a inquirir Yasna.

—No, no. Pero en el fondo da igual, porque aquí a nadie le interesan nuestras historias.

—¡No! —berreó Yasna, a quien la bebida parecía haber comenzado a hacer efecto—. ¡No da igual! Yo vengo de una relación plagada de mentiras, terminé con el mequetrefe ese porque lo encontraron saliendo de un motel con otra galla, y me acerco a ti pensando que eres un chico bueno y honesto, y ahora resulta que no eres quien dices ser y encima eres un asesino. ¡No, no me da igual!

—Eh, tranquila... ¿Cómo se llama?

—Yasna —respondieron los dos, al unísono.

—Yasna, mira, qué bonito nombre. Él no quiso mentirte, pero ¿entiendes que necesitaba protegerse? ¿Que necesitaba un nuevo nombre para una nueva vida?

—¡Pero si la guerra fue en su país! Y ya terminó, ¿o no?

—No para todos, amiga, y eso es precisamente de lo que vengo a hablar con él.

—¿Justo ahora? —rezongó Yasna

—Es mejor ahora que nunca, Kiril, realmente no queríamos molestarte...

—¿No queríamos? ¿Tú y quién más?

—Pertenezco a una organización —dijo al oído a Yasna—, pero necesitamos discreción para operar. Por eso me vestí con esta facha —agregó riendo— ¿Crees que de verdad soy este espantapájaros?

Yasna refunfuñó algo ininteligible mientras Vitalina se volvía a Kiril.

—No solo estás tú aquí, tampoco yo. Él también está aquí. Justo en Chile, igual que tú.

—¿Quién es él? —preguntó Yasna, a quien la situación le parecía salida de la peor película de espías.

Kiril apretó los puños contra su torso.

—Berestnev.

—¿Quién es ese? —insistió Yasna, con impaciencia.

A esa altura la cita soñada estaba lejos de ser tal y se había convertido en cualquier cosa. Yasna asistía a algo ajeno a ella y que, a la vez, frustraba sus esperanzas de un nuevo comienzo después de su ruptura con Germán.

Vitalina señaló una mesa, se sentaron. Yasna con menos ganas que ellos.

—Alexei Berestnev es un criminal de guerra. Era un coronel del ejército insurgente checheno. Nuestras fuerzas se enfrentaron en varias oportunidades, nosotros logramos introducir elementos de espionaje tras las líneas enemigas —Vitalina narraba los eventos como comentarista de documental, aunque formaban parte del drama de su vida y la de Kiril—. Berestnev los descubrió y los fusiló junto con otros prisioneros.

—Algunos de ellos eran de mi pueblo, o de otros vecinos —comentó Kiril, con evidente angustia.

—Nosotros logramos diezmar las fuerzas de Berestnev, y él mismo huyó, pero no se olvidó de nosotros. Tenía conexiones con organizaciones criminales, y logró identificar y eliminar a varios de nuestros compañeros, es su obsesión perseguir y asesinar a aquellos que lo humillaron. Ahora sabemos que está aquí, también vive bajo otra identidad y es protegido por líderes del hampa local. Tenemos una doble misión: capturarlo y sacarle de este país para ser juzgado en Rusia, y prevenir a nuestro camarada Poloyedov para que no se convierta en su próxima víctima. De hecho —volteó hacia Kiril—, tengo orden de reclutarte para que te unas a nosotros.

—Pues puedes reclutarlo y llevártelo, porque yo me voy —dijo Yasna con desprecio.

—¡Ho! ¡Ho! Tú no te vas a ningún lado —respondió Vitalina sacando su arma y apuntando a su vientre.

Yasna quedó inmóvil, presa del pánico.

—¿Qué estás haciendo? ¡Estúpida! ¿Cómo se te ocurre meter una pistola a un bar?

—¡Ah! Seguro soy la primera que lo hace, he visto esta ciudad y es un nido de maleantes. Ni siquiera eso, son borregos con armas que ni saben usar.

—¡Pero yo no tengo nada que ver con sus guerras y sus asesinatos por venganza!

—Querías saber y ahora sabes —respondió Vitalina entre dientes—. Ahora no puedo tomar el riesgo. Hablando de tomar, ¿vas a querer esto, Kiril? —preguntó pasándole el vaso, del cual apuró el resto—. Ahora vamos a quedarnos

un rato por aquí y luego vamos a seguir la fiesta en tu casa, ¿te parece, belleza? Todavía lo puedes besar si quieres.

—¡Chi! ¿Cómo que a mi casa? ¿Te estás invitando sola?

—No yo sola, tú me estás invitando —respondió Vitalina apoyando la pistola en el muslo de su anfitriona.

Yasna hizo un gesto de desesperación al que Kiril respondió con otro de impotencia, le parecía a Yasna que en pocos minutos Kiril, antes conocido como Yevgeni, había sufrido una metamorfosis nada agradable. El amable empleado del lubricentro no había sido más que una máscara bajo la cual se ocultaba un veterano de guerra con deseos de venganza, de reparación por ofensas que otros le hicieron en otro tiempo y otro país.

—Ok, vámonos —dijo Vitalina luego de unos segundos que les parecieron eternos. A ella más que a ninguno, era evidente que le desagradaba la música bailable que sonaba en la discoteca.

—Yo me voy con ustedes en el auto —dijo y señaló el coche, una camioneta Renault Traffic que estaba a media cuadra de distancia. Las luces se encendieron y apagaron dando la señal de “listos”.

—¿Y ellos? —preguntó Yasna, aterrorizada por la situación que tenía toda la apariencia de un secuestro.

—Eh, Vita —dijo Kiril, en tono más familiar del que había usado antes—, mira lo que tengo. —Le entregó un casete que Vitalina observó a la luz de la calle.

—¡Splean! ¿De dónde lo sacaste?

—Lo encontré en un mercado, en una tienda de discos. Prácticamente me lo regalaron.

A Yasna le molestaba bastante la cháchara de los dos desconocidos (porque había llegado con Yevgeni Plashkin, y se iba a casa con una pistola apoyada en la cabeza y acompañada de un tal Kiril, y su amiga con nombre de pastilla efervescente), pero pensó que después de la traición de Germán, poco de bueno podía esperar de la vida. Se limitó a manejar de vuelta a su casa, una dirección que aparentemente Vitalina conocía, porque no hizo ninguna pregunta acerca del recorrido o destino. Seguramente por su deber profesional o por celos, la agente rusa también la había espiado.

—Ahora, tranquila, abres la puerta de tu casa y entramos. Ni un paso en falso. Recuerda: yo también soy veterana de guerra, y te aseguro, no vas a alcanzar ni a gritar.

Yasna asintió temblando y descendió del automóvil, seguida por los dos rusos.

—Linda la cita, muchas gracias —murmuró mientras abría el portón.

—Espera un minuto —dijo Vitalina, aún apuntándole con la pistola oculta bajo la manga de la chaqueta.

La camioneta Traffic se había estacionado en la vereda opuesta, y de ella descendieron tres hombres con bolsas de snacks y botellas de aguardiente.

—¡Oye! —dijo Yasna a la rusa—, esto no era parte del plan.

—No de TU plan, linda —respondió sin mirarle.

Kiril saludó uno por uno con un efusivo abrazo y evidente emoción. Al más joven de ellos no lo conocía, pero le alegraba ver a alguien de su nacionalidad hablándole en su lengua materna.

Los seis se instalaron en la sala de estar, el primer espacio al que se accedía al entrar. Pusieron los víveres sobre la mesa y se dirigieron al baño, sin preguntar dónde estaba. Cada uno buscó donde creía que estaba, hasta que uno de ellos dio la voz de aviso al hallarlo.

Yasna buscaba la mirada de Kiril, pero él la evadía.

Vitalina estaba en medio de ambos, mirando la televisión. Había sintonizado un canal de películas.

A la excursión al baño siguieron diez minutos de conversación en tono casual entre los cinco extranjeros, a la que Yasna asistía a la fuerza, a pesar de no entender una sola palabra. Cuando bajó la marea verbal, recién se atrevió a preguntar:

—¿Y ahora, qué? ¿Qué es lo próximo que va a pasar?

—Necesitamos planear la captura de Berestnev —respondió Vitalina.

—¿A esta hora? —replicó, cruzándose de brazos.

—Si ustedes, los tortolitos, hubieran salido más temprano, no estaríamos haciendo esto ahora.

—Qué bueno que no nos secuestraron cuando fuimos al restorán —musitó Yasna, mirando hacia donde los tres extraños estaban apoyando los vasos que habían sacado de la cocina.

—No quisimos. A último momento lo cancelamos —respondió Vitalina, como si las “extracciones” de personas en territorio extranjero por parte de un comando paramilitar fueran de lo más normal.

Yasna la miró fijo, con furia.

Vitalina respondió con una sonrisa:

—Come algo, guapa. Debes tener hambre tú también.

Al menos Yasna admitía que la elección de refrigerios por parte de los integrantes del grupo había sido buena. Desde fuera se hubiera visto como una reunión de amigos, como esas que se estilan en el país. De hecho lo era, pues todos eran conocidos, menos el joven que no pasaba de los veinte años y Yasna, que hasta entonces solo conocía a Yevgeni, alguien que ni siquiera existía.

—¿Cómo piensan secuestrar al tipo ese? —preguntó para entrar pronto en el tema y así poder despacharlos.

A Kiril también le interesaba conocer la respuesta a esa pregunta.

—Estamos en ello —respondió Vitalina sirviéndose un vaso de aguardiente—. Sabemos en donde está, pero acceder a él es difícil porque tiene su propio círculo de seguridad. Tan solo eliminarlo no nos reportará ningún beneficio y sí muchas complicaciones. La orden es capturarlo vivo.

—Si es el asesino que dicen que es, más convendría matarlo, creo yo —opinó Yasna.

—Nuestro gobierno necesita publicidad. Y esto es un acto publicitario para ellos. Para nosotros, por otra parte, es una satisfacción personal.

—Pero... si no pueden llevárselo, no les quedará otra opción.

—Agotaremos todas las opciones —respondió Vitalina con confianza, acaso exacerbada por el consumo de alcohol—. ¡Eh, Kiril! Este es Konstantin, el miembro más joven de nuestra unidad. Con él contamos para acercarnos a Berestnev.

Konstantin asintió y Kiril chocó su vaso de cristal contra el del joven, felicitándolo por su valentía y deseándole éxito.

Yasna lo miraba con pena.

—Dijiste que ese tipo Berestnev había matado a los espías que ustedes le pusieron. ¿No hará lo mismo con este chico?

—Es un riesgo que hay que correr —respondió Vitalina como quien da explicaciones que no son necesarias a una persona que no tiene parte en el asunto.

—Me parece absurdo, y a ustedes les importa menos porque no lo conocen. Se ve que no es de la misma categoría que ustedes, “veteranos de guerra”.

—¿Tienes una idea mejor, niña bonita? —preguntó impaciente Vitalina. En su propia percepción, ella no era tan agraciada como su contraparte chilena, y estaba algo celosa de la elección de “Yevgeni”, sin saber que era Yasna la que se había acercado a él en primer lugar.

—Me imagino que por más criminal que sea es un hombre —reflexionó Yasna, echando la cabeza hacia atrás, algo atontada por el aguardiente—. Una mujer tendría más posibilidades de acercarse a él.

—En eso tienes razón —dijo Vitalina—, pero ya jugamos esa carta en los días de la guerra. Brestnev me conoce, y a Kiril, y a ellos. Pero no a Konstantin.

—Ni a mí —replicó Yasna, entornando los ojos.

—¿A ti? Claro que no, pero tú no tienes nada que hacer en este asunto.

—Tú me estás involucrando —respondió Yasna, señalando el arma que ahora se encontraba sobre la mesa.

—No tienes lo que se necesita.

—¡Pff! Si tú puedes, yo puedo —dijo, mirando a Vitalina de arriba abajo.

—Pero no tienes nada que ganar ni perder, así que...

—¿Qué? ¿Tienes una mejor idea, niña bonita? —respondió la chilena riendo.

Kiril intervino por primera vez entre las dos para calmar los ánimos, pero de poco sirvió. Yasna tampoco expulsaría de su casa a cinco personas de las cuales una estaba armada y otros tres probablemente también.

—Tal vez tengas razón —dijo Vitalina—, tal vez seas alguien que nos pueda servir, que es distinto de decir que te necesitamos.

—Bien, entonces estoy con ustedes. Díganme qué hay que hacer y lo hago.

—¡Como si fuera tan fácil!

—Como si fuera tan difícil.

Vitalina propuso que se votara por la inclusión o no de Yasna en la Operación Visaryon, como ella la había denominado. Solo Kiril votó en contra.

El resto de la noche lo pasaron en un intenso debate acerca de las opciones al centrar la operación en la figura de Yasna. Se le informó acerca de la ubicación del objetivo, mientras ella sugería y preguntaba a Vitalina, quien con el consenso de los demás, respondía y aceptaba o rechazaba las ideas de su contraparte chilena. En general, todos estaban satisfechos con el nuevo elemento incorporado al grupo, aunque Kiril se mostraba bastante reticente. Conocía y apreciaba a Yasna, no quería que algo le ocurriera, pero también era cierto que había sido ella quien insistió en que

se vieran, y que ella lo había llevado al lugar donde lo encontraron sus camaradas. Asimismo, Vitalina podría haber contactado a Kiril en un lugar más discreto, pero arriesgándose a que huyera de su presencia. Inconscientemente, Yasna había funcionado como un cebo para llegar hasta Kiril y bien podría hacer lo mismo con Alexei Berestnev.

Al amanecer, cuando la suboficial de Carabineros Danae Leiva llegó a su casa, encontró a Yasna, a quien conocía como “el ruso” y cuatro desconocidos conversando, amigables.

—Buena fiesta tuvieron aquí —dijo mirando las bolsas vacías de snacks y las botellas de aguardiente y bebidas—, ¿Y estos, quiénes son?

—Los conocimos en Tres Quintos —contestó Yasna, tenía la mentira preparada—. Son rusos, igual que Yevgeni.

Los cuatro invitados se pusieron de pie y comenzaron a ordenar la sala de estar y desechar los restos de comida. Al despedirse se llevaron con ellos las botellas de aguardiente.

En la puerta, Vitalina se detuvo para hablar con Yasna.

—Vamos a vernos otra vez en esta dirección, solo si aún estás segura.

—Sí, sí lo estoy. Hasta entonces.

Kiril, antes Yevgeni, tocó su hombro antes de marcharse y le dijo:

—No tienes por qué hacer esto. No te corresponde.

—Tampoco tú deberías haberme mentado. Pero todo tiene un motivo. Te voy a decir una cosa. Siempre viví a la sombra de mi hermana, ella es la fuerte, la valiente. Y yo la dulce y frágil. Si puedo demostrar con esto que soy

más de lo que esperan de mí, bienvenido sea. Y si te puedo evitar este problema a ti, será aún mejor.

Kiril tomó su mano y luego de besarla, la puso entre las suyas.

—Me voy. Nos vemos, Yasna.

—Nos vemos... Yevgeni.

Con una sonrisa, se alejó caminando hacia la vereda opuesta.

Danae, quien había estado revisando el automóvil, llamó a su hermana.

—¿Qué es esto? No se entiende nada —dijo sosteniendo un casete entre sus manos.

—Es de Yeva. Lo veníamos escuchando en el auto. Me gustó, así que... lo voy a volver a escuchar.

Capítulo 5

Yuri Polochnik se destacaba entre los miembros del Club de Tiro Deportivo Pirque, no solo por su excelente puntería y capacidad de interpretar y usar a su favor la dirección del viento en prácticas al aire, además de su minuciosidad en la limpieza y mantenimiento. Era un hombre que a primera vista parecía excesivamente seguro de sí mismo, soberbio y arrogante, pero una vez que se entraba en confianza con él, su afabilidad y buen carácter, encantadores, cambiaban por completo la percepción que se tenía a primeras de él.

Asistía al club tres veces por semana junto a dos acompañantes y permanecía por lo menos una hora en prácticas, y más si alguna persona inexperta necesitaba ayuda u orientación. Se había negado a ser instructor de tiempo completo, a pesar de que estaba calificado para el puesto. "No tengo alma de maestro", decía excusándose. "No tengo paciencia para enseñar". Pero sí lo hacía con aquellos que a su juicio demostraban tener potencial para aprender. Luego de un tiempo, igual, los más asiduos asistentes terminaron por llamarle "maestro Yuri".

Acerca de su origen nada se sabía y nadie se había atrevido a preguntarle. Estaba claro que provenía de Europa del Este, posiblemente de algún país de la ex Unión Soviética, y se creía, dada su destreza y conocimiento, que había pertenecido a las fuerzas armadas en su patria.

Su vida personal estaba envuelta en el más absoluto y oscuro misterio. No se le conocía esposa ni hijos, y nadie le había visto nunca fuera del club. Se diría que su vida eran las prácticas de tiro y nada más, y las disfrutaba a pleno, él

y sus dos acompañantes, tal como aquella mañana de día sábado en que conoció a Mariela Braca, o bien, cuando Alexei Berestnev conoció a Yasna Leiva.

—Disculpe, caballero —dijo la mujer a dos metros de distancia de él, vestida con una ajustada camiseta blanca y pantalones deportivos negros, con una gorra del club de fútbol Universidad de Chile—, ¿podría ayudarme con esta pistola? No logro controlarla como quiero.

El aludido la miró de arriba abajo, con sus lentes de sol haciendo un casi imperceptible movimiento, acompañando el de su rostro al experimentar el placer de mirar a una mujer tan bella como la que tenía enfrente.

—Por supuesto —respondió el extranjero—, veamos cuál es el problema.

El problema seguramente no era el arma, una CZ P-07, con la que él había ejercitado muchas veces, con excelentes resultados, dignos de un medallista olímpico.

La observó disparar un par de veces y dijo:

—Está dejando caer su hombro izquierdo, me imagino que inconscientemente. Debe mantener la firmeza en ambos hombros. Firme, pero natural, así debe ser la postura... ¿Me permite? —Se acercó a ella y poniéndose detrás, le tocó el brazo levantándolo suavemente. Luego puso cada una de sus manos con las palmas abiertas sobre los hombros, los dedos extendidos.

—Proceda.

Ella disparó dos veces más, y aunque sintió que estaba forzando su postura, en parte gracias al apoyo que le prestaban las manos firmes de su improvisado instructor, pudo ver la diferencia en su rendimiento.

—Concentrada, pero relajada. Así mismo, ¿ve? —dijo Yuri, y ella se dio vuelta para darle las gracias. Cuando lo hizo se encontró con su rostro sereno, duro, pero condescendiente.

—Muchas gracias, señor...

—Yuri. Aquí me llaman maestro Yuri, pero en realidad no lo soy. Solo soy un aficionado más, como usted —dijo apoyando la Glock en su pecho—. Para usted, solo Yuri.

—Un gusto —respondió ella, tendiéndole la mano.

La tomó con suavidad.

—Me llamo Mariela. Es apenas la tercera vez que vengo y la primera con esta arma.

—Igualmente, encantado —dijo Yuri y volvió a su lugar, junto a sus compañeros.

Durante veinte minutos más estuvo él en su puesto, hasta que comenzó a guardar sus implementos y se dispuso a retirarse. Mariela, entonces, dejó su arma a un lado y caminó con encantadora cadencia hacia él.

—¿Se retira ya? —preguntó con voz que denotaba curiosidad, pero también un dejo de tristeza.

—Sí, tengo otros compromisos —dijo, mirándola por encima de los lentes, mientras se reclinaba para ordenar sus enseres.

—¿Volveré a verle pronto?

Sonrió, aunque en su actitud parecía que quería desembarazarse de ella.

—Vengo varias veces a la semana, así que supongo...

—Fue interrumpido por una tos repentina—. Que nos veremos en algún momento.

—Eso deseo, para seguir aprendiendo de usted... y conversando.

A Yuri le pareció algo extraña su actitud de apertura inmediata, pero sabía también por su experiencia con las mujeres que en algunos momentos de la vida, este tipo de oportunidades se presentan. Ciertas mujeres ofrecen sus encantos a quienes consideran más aptos, de una manera que no lo harían con la mayoría de sus contrapartes masculinos. Estaba en él decidir si era el momento de aceptar la propuesta.

—Es posible —respondió con cautela—. Nos veremos. ¡Hasta entonces! —se despidió acompañado de sus amigos, que echaron una mirada desvergonzada a los atributos de la dama.

Luego de que se marcharan, permaneció unos minutos más en su puesto, practicando aquello que su nueva amiga le había enseñado días atrás, en un descampado en Huechuraba, donde los disparos a altas horas de la noche no son inusuales. Tuvo que dominar su pánico a las armas, que veía manejar con total seguridad a su hermana. Finalmente logró la seguridad y la entereza necesarias para presentarse en el lugar que debía para atraer la atención de un criminal de guerra, cuya captura era importante para los intereses del Gobierno del país más extenso del mundo.

Su amiga la esperaba al final del camino de entrada al predio del club de tiro, en un Ford Fiesta gris perla.

—Bastante bien para el comienzo —dijo la muchacha que estaba al volante, mientras transitaban por la Avenida Vicuña Mackenna.

—Es muy cortés, pero también reservado. Justo lo que esperaba —comentó Yasna quitándose la gorra.

—¿Estás dispuesta a seguir? —inquirió Vitalina.

—Hasta donde sea necesario —dijo sin mirarlo, apretando entre sus dientes una galleta de avena.

Se miraron y asintieron como quienes se comprenden a la perfección, sin palabras.

Al dejarlo en el paradero del autobús, antes de que Yasna descendiera, Vitalina la tomó del brazo y le dijo:

—Recuerda que ahora, por tu seguridad, no debes ver a Kiril, ni hablar con él. Si es posible, busca otra ruta para tu trayecto diario y así evitar cruzártelo. Él ya lo sabe, no se acercará a ti. Si lo encuentras, fingirá que no te conoce. Si quieres evitarte problemas, con él y con Berestnev, haz lo que te digo.

—De acuerdo —respondió Yasna, resoplando, y desapareció entre multitud, vestida ahora con una camisa holgada y una cinta de colores haciendo las veces de lazo de la cola de caballo.

Vitalina también se escurrió entre el tráfico, en dirección opuesta a la del autobús al que subió su compañera.

Capítulo 6

Yasna había comprendido la instrucción, pero no por eso resultaba fácil de realizar. Sus sentimientos hacia Yevgeni primero, hacia Kiril después, se habían profundizado. Compartir esta experiencia, aunque fuera de un modo indirecto, con ella como “cebo” y él, ex combatiente ruso, tras bambalinas con el resto de sus camaradas, le permitieron comprenderle más y empatizar con su causa. Hubiera deseado verle luego del encuentro con Berestnev, pero no habría sabido qué decir. El hombre que había causado tanto sufrimiento a sus amigos la había tocado, aunque sin otra intención más que la de corregir su postura para un mejor manejo del arma, y ella se había acercado a él con el objetivo de despertar su interés y atraerlo. “¿Cómo? —se decía—, ¿podría abrazar y tomar las manos de su amigo, de su querido vecino y posible pareja, después de esto, y más aún de lo que tendría que hacer a continuación?”. Sentía repugnancia de sí, y la única solución que su cerebro encontraba para poder apaciguar esos sentimientos intensos y contradictorios era convencerse de que no había sido ella, sino ese ser ficticio llamado Mariela Braca, quien había incitado a otro ser ficticio llamado Yuri Polochnik, a gozar de sus encantos. ¡Menuda danza de nombres!

Mariela, Yevgeni, Yuri, Oksana.

Yasna, Kiril, Alexei, Vitalina.

Cuatro jugadores con nombres falsos sentados en una mesa de póker en la que no se veían el uno al otro.

¡Y su hermana! Con quien vivía bajo el mismo techo y a quien ya había mentido una vez, cosa de la que se creyó

incapaz. Danae también tenía una especie de doble vida, aunque no como la que Yasna comenzaba a transitar. En su caso solo se alternaban su nombre y apellido, según llevara o no el uniforme color verde oliva. Y aquello era una profesión respetable, al menos a los ojos de la mayoría de los ciudadanos.

Danae era la mujer valiente y segura de sí misma, mientras que Yasna seguía siendo la dulce y amorosa maestra de niños de preescolar.

Efectivamente necesitaba desdoblarse y hacer de Mariela Braca todo lo que Yasna Leiva no pudo, no se atrevió o no se le permitió ser. En eso pensaba abrazada a su oso Donoso aquella noche, la noche anterior al segundo encuentro con Alexei Berestnev.

Con todo lo gentil y caballeresco que el maestro Yuri se había mostrado con ella, Mariela podía sentir que solo podía acceder a él hasta cierto punto. El extranjero hacía caso omiso de sus sugestivos comentarios y solo respondía con indicaciones directas acerca de la forma en la que ella debía apuntar su arma, y recomendaciones acerca del modelo más conveniente para el tamaño y forma de sus manos, y para su condición física.

La caza del hombre era una actividad frustrante, tanto más porque ella era plenamente consciente de las reservas de su objetivo y haría fracasar toda la operación en que ella misma se había involucrado por insistir demasiado.

No hubo ningún avance durante la segunda sesión. Vitalina le dijo:

—Está bien. Era lo previsible. Tomará algo más de tiempo.

Yasna tenía su orgullo de mujer herido. Se sentía despreciada, a pesar de sus atributos y actitud le habían ganado el favor del género, opuesto incluso en ocasiones en que lo había deseado. ¿Qué tenía este hombre de distinto?

Por tercera vez, un sábado algo más nublado y fresco que los anteriores, un fin de semana ya plenamente otoñal, cuando pensaba casi perdida a su presa, decidió arriesgarse con una jugada no prevista por ella o por su compañera y mentora, en el momento en que Yuri Polochnik se dirigía a los servicios sanitarios junto a uno de sus acompañantes, mientras el otro aún estaba percutando su arma, Mariela Braca escribió en un recibo de compra que había sacado de su billetera:

Restaurant El Antiguo Fogón, martes. 20:00 hrs.

Se lo pasó rápido al sorprendido escolta, indicándole mediante señas que debía entregárselo a su empleador. El hombre, calvo, de unos treinta años de edad, esbozó una leve sonrisa y asintió, siguiéndola con la mirada de sus ojos azules.

Cuando Yuri volvió a su puesto, la acompañante le habló al oído y le entregó el papel con discreción. Yuri se volvió hacia ella y la saludó con un gesto de su mano, que ella correspondió levantando la visera de su gorra. La primera parte de la operación, el contacto inicial, había sido un éxito, quedaba por ver si Polochnik se presentaría en el lugar y el momento propuestos por Mariela.

Al volver a Santiago, esta vez por Avenida Santa Rosa, Vitalina la felicitó por su excelente desempeño.

—Pareces cortada a medida para ser agente —bromeó.

—Para nada —respondió con humildad—, no sabía nada de armas hasta que me enseñaste, porque mi hermana me enseñó poco y nada. Y la estrategia... es más bien intuición que estrategia.

Vitalina la observaba mientras hablaba, con una suave sonrisa en sus labios.

—Debo decirte que nuestros jefes están muy complacidos contigo, y créeme, si esto sale bien, te espera una gran recompensa.

Yasna miraba por la ventanilla el ir y venir de los transeúntes, el bullicio de los puestos de comidas, y los balcones con sus tendederos y mascotas que gozaban del sol de la tarde.

—Mi recompensa será ver a Kiril libre, viviendo tranquilo, sin nadie acechándole. Pensar que mientras más me voy acercando a este sujeto, más riesgo hay de exponerle a él, me parte el alma.

—Estará bien. Y no le expondrás, porque eres tan inteligente como él.

Tenía una pregunta en la mente de Yasna que no se atrevía a formular, pero también pensó que, si había un momento para hacerla, era ese, en que se encontraban solas.

—Escucha —dijo después de aclararse la garganta con un sorbo de la botella de jugo de naranja que llevaba en la mano—, aquel día en el bar dijiste que ustedes habían estado juntos...

—Sí, sí —respondió Vitalina rápido, como quien había previsto la pregunta y preparado la respuesta—, pero fue en otra circunstancia. Durante la guerra... aunque no por mucho tiempo.

—Y luego... ¿nunca más?

Vitalina exhaló un hondo suspiro y explicó:

—En momentos como esos, en que ves tanto horror a tu alrededor, debes aferrarte a algo que te haga sentir que la vida aún vale la pena. En mi caso fue Kiril, a quien ya conocía y ni siquiera me gustaba, pero le vi con otros ojos cuando necesité esa firmeza, ese consuelo, y sabía que podía contar con él. En cierta forma, nos salvamos la vida el uno al otro al ofrecer nuestro propio ser. Luego nos separamos, él se fue y yo me quedé en mi ciudad. Al saber que estaba aquí, al igual que Berestnev, fui yo quien convenció a los demás de que debíamos hacer algo por él también, pero no sabía ni siquiera si querría volver a verme. Supongo que mi cara le recuerda los peores días de nuestras vidas, cuando todo lo que teníamos era el uno al otro, en medio de la desolación total. —Intentó disimular su tristeza mirando a la izquierda, hacia las tiendas de ropa y accesorios para el hogar, las farolas que pronto comenzarían a encenderse.

Yasna notó, por el estremecimiento de sus manos, fijas en el volante, pero cuyos dedos temblaban, cuánto le había dolido a su camarada sacar de sus profundidades aquellos recuerdos.

Antes de descender del vehículo, la prometedora voluntaria chilena abrazó a la agente y veterana de guerra rusa.

—Lo siento por haber querido robártelo —susurró en su oído.

—No lo estás haciendo —le respondió la voz de su compañera—, es tuyo, o lo será cuando todo esto termine. Cuídalo mucho.

Vitalina besó a Yasna en las mejillas, quien se alejó caminando primero de espaldas para ver a su amiga, cuyos ojos estaban enrojecidos, igual que los suyos. Luego se mezcló entre la gente, mientras Vitalina encendía el automóvil.

Capítulo 7

Kiril intentaba seguir con el tren de vida que había llevado hasta entonces, pero en él despertaba algo, un cúmulo de recuerdos y emociones que había dejado atrás al salir de su país, y le era imposible mantener la serenidad que caracterizaba al personaje que había estado interpretando.

Su jefe y compañeros veían a Yevgeni cabizbajo y pensativo, si antes era calmado y optimista, ahora pasaba acochado por una desesperación y parálisis emocional cuyo origen era inexplicable.

—Estoy bien. No pasa nada —se excusaba.

Don Ricardo lo atribuyó al fracaso de su naciente relación amorosa y guardó silencio sabiendo lo dolorosa que puede ser esa experiencia para hombres jóvenes como él. Se limitaba a darle palmadas en el hombro, a las que Yeva respondía con una sonrisa forzada.

Aunque no había perdido el cariño de Yasna, ciertamente veía Kiril lo que se había impuesto entre ellos y ahora los separaba. Una situación provocada por él, por su pasado, que afectaba su porvenir y en la que no entendía por qué Yasna había decidido inmiscuirse. ¿Por amor a él? ¿Qué clase de amor irracional era el suyo?

Podría haberlo abandonado a su suerte frente a la amenaza que se cernía sobre él, pero en su lugar, decidió dar un paso adelante y entregar su propia vida para salvar la de Yevgeni, e irónicamente, por esa razón, les estaba vedado hablar, para no poner en peligro su vida.

¿A dónde iría a parar todo aquello?, se preguntaba. ¿Volvería ella como la misma persona que había sido, o alguien transformada por esa experiencia extrema? ¿O no había sido, al igual que él, la persona que creyó conocer?

Las preguntas le acechaban luego de la hora del almuerzo, mientras frotaba una bujía con ambas manos.

Capítulo 8

El martes siguiente, a las ocho de la tarde, mientras Yevgeni apagaba las luces del lubricentro y se disponía a volver a su casa en compañía de don Ricardo y otros dos empleados, Yasna, en su rol de Mariela, esperaba sentada en una de las mesas más alejadas de la entrada del restorán El Antiguo Fogón, lugar al que siempre había tenido deseos de ir, pero ni Germán ni sus anteriores pretendientes la habían invitado.

Eligió un atuendo más formal del que siempre usaba: pantalones de vestir negros, blusa perla y un blazer violeta pálido. Los zapatos eran de tacón medio, un par que solo había usado en una fiesta de casamiento. Se había arreglado el cabello, dejándolo suelto atrás y apenas sujeto por una hebilla en la parte posterior de la cabeza; dos mechones detrás de las orejas y una tenue división en mitad del cráneo coronaba su peinado.

Vitalina la había acompañado hasta una cuadra antes del restorán y se quedó allí haciendo guardia desde el automóvil. Podía divisar el vehículo en que llegara Berestnev, y si Mariela después de la cena era invitada a continuar la cita en otro lugar, Vitalina podría seguirles disimuladamente. Dado que Berestnev era conocedor de los subterfugios del espionaje, decidieron prescindir de toda comunicación. Mariela estaría sola, contando solo con las instrucciones recibidas previamente.

Con todo, su mayor temor era fallar en su empeño por atraer la atención de Yuri Polochnik y que, desdeñando su propuesta, no se presentara.

—Estaré haciendo el ridículo frente a toda esta gente —dijo luego de servirse un aperitivo y snacks para entretener el estómago mientras esperaba.

No solo acudió Yuri a la cita, un poco retrasado con respecto a la hora propuesta. Lo hizo con una importante comitiva. A los dos acompañantes se sumaban sendas mujeres que, a su vez, hacían de partenaires.

Polochnik vestía un traje de corte anticuado que, aunque reluciente, parecía no ser de su propiedad, sino prestado por alguien más, pues lucía algo ceñido para su talla. Sus acompañantes vestían más informales, elegante sport.

—Saludos, señorita —dijo Berestnev con afabilidad, tomando suavemente la mano de Yasna.

—Y a usted, caballero —respondió Mariela sonriente, para luego volver a sentarse—. Le agradezco mucho que haya aceptado mi invitación.

—Por supuesto, y a usted por su gentileza —respondió con evidente regocijo—, son pocas las ocasiones que tengo de socializar y menos aún con alguien tan distinguido como usted —agregó, admirando la belleza de su compañera de mesa.

—Veo que ha traído a toda la familia —bromeó Mariela, insegura de que estas palabras fueran a provocar un efecto positivo como el que ella deseaba, o si por el contrario, serían ofensivas y constituirían el primer tropiezo de la noche. Esperaba que Polochnik, al ver que estaba consumiendo ya un vaso de licor, le disculpara sus errores.

Yuri no pudo contener la risa ante el comentario que encontró ingenioso y un buen signo de entendimiento entre ellos, algo que deseaba conseguir.

—Los muchachos también lo necesitan, y se lo merecen. Las chicas son amigas nuestras, así que estamos en confianza.

Su español estaba lejos de ser impecable, pero era comprensible a los oídos de Yasna, que estaba acostumbrada a buscar significados ocultos entre las divagaciones de Yevgeni; le costaba, al oír a otro extranjero hablar de esa manera, evitar pensar en su “rusito”, al que esta misma situación mantenía alejado de ella.

—Bien por ellos también, entonces —respondió Mariela, levantando su vaso en dirección a los comensales de la mesa contigua, a lo que los cuatro respondieron alzando sus manos, pues aún no estaban consumiendo cosa alguna.

Yasna comprendía que a pesar de su espíritu festivo, aquellos hombres cumplían con su asignación como protectores del prófugo ex militar. Fingían incluso mejor que ella.

—Entonces, señorita...

—Mariela. Me llamo Mariela, Braca es mi apellido.

—Mariela. Hmm, qué bonito suena ese nombre. ¿Cómo ha estado su vida? ¿A qué se dedica usted? —agregó a continuación, mientras revisaba una vez más la carta, aún indeciso.

Yasna decidió apostar por la verdad en este asunto.

—Soy maestra de niños, de edad preescolar —dijo usando esos términos para hacerse entender por el extranjero, a la vez que la camarera anotaba sus pedidos.

—¡Niños! ¡Qué maravilla! —exclamó el nativo soviético.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Mariela.

A Yuri Polochnik le tomó por sorpresa la pregunta. Su respuesta fue bastante poco clara, aludiendo a un matrimonio ya extinto y a niños que no lo eran tanto y no había vuelto a ver.

— ¿Y qué hay de usted?

— Yo no tengo hijos —respondió Mariela—, pero sí debo decirle algo, entre nosotros... —Se acercó confidencialmente a Yuri, quien aguzó el oído expectante—, no estoy soltera. Estoy en algo con alguien... pero de todas maneras quería conocerle.

Yuri Polochnik se echó hacia atrás, sorprendido. Remojó los labios con el vaso de Sprite servido mientras esperaba el costillar con papas.

— Por eso mismo iba a pedirle —continuó diciendo Mariela— que seamos muy discretos. Y si podemos volver a vernos, no puede ser cerca de mi lugar de trabajo o mi casa.

Esa era la manera que se le ocurrió de proteger su doble identidad. Mariela y Yasna no debían confundirse bajo ninguna circunstancia.

Berestnev, maravillado por los encantos de su nueva amiga y deseoso de seguir gozando de ellos, convino en mantener el secreto de su primer encuentro, con tal de asegurar la posibilidad de otro y los subsiguientes.

— Señor Yuri —dijo Mariela con cierta inflexión de la voz, como si fuera a hablar de algo muy confidencial—, ¿qué puedo saber de usted?

A Polochnik le agradó la manera en que ella formuló la pregunta, por lo demás, cuidadosamente estudiada, como quien sabía que debía entrar en el tópico de una manera no invasiva.

—Como se habrá dado cuenta... —respondió Berestnev, limpiándose la boca con una servilleta—, nací en la ex Unión Soviética. Hace relativamente poco tiempo que vivo en este país. Soy un militar retirado y aquí me dedico a proveer servicios de seguridad privada.

—¿Y por qué aquí? —preguntó Yasna.

—Digamos que necesitaba cambiar de aires y este país ofrece enormes posibilidades para los aventureros y emprendedores.

—Entiendo —respondió mientras pensaba en lo convincente de su tapadera, de su pretendida vida de retiro y solaz en tierras extrañas en que nadie le conocía ni tampoco haría demasiadas preguntas. No a un hombre experto en el uso de armas.

—¿Tiene usted hobbies, además de disparar?

—Tal vez le sorprenda, pero soy, o al menos me considero, un buen cocinero. Y mi especialidad es la pastelería, y estos... ¿cómo se llaman? Croissants y otros. De hecho, siendo mi apellido Polochnik, en mi país algunos me llamaban Yuri Ponchik, por un bollo dulce que se llama así.

“Bastante ingenioso —pensó Yasna—, si tan solo fuera verdad...”.

—Yo soy lo que se dice nula para la cocina, pero puedo intentar. Mi hermana...

—¡Oh, tiene hermanos! —interrumpió Polochnik—, yo soy hijo único.

Por un momento, Yasna pensó que no debía mencionar a Danae, pero a la vez se excusaba, diciéndose que no la estaba comprometiendo por el mero hecho de hablar de su existencia.

—Es algo triste, porque se aprende mucho creciendo con hermanos. Son nuestros primeros amigos y primeros rivales. Como le decía, mi hermana tiene bastante talento, igual que usted.

—Estoy seguro de que usted tiene los suyos —respondió condescendiente.

—Alguno debe haber. —Miró su plato de pollo con arvejas y puré de papas.

Se quedaron en silencio, mientras observaban el decorado de estilo campestre.

—¿Le gustan los deportes? —preguntó Polochnik luego de un momento—, Además del fútbol, por supuesto, que sé que les gusta a todos aquí.

—¡Sí! —exclamó Yasna, moderando luego el volumen de su voz—, en realidad, me gustan las actividades como el patinaje o el trote... el ejercicio físico, ¿me entiende? —agregó mientras él asentía—, y otros como el bowling o el billar.

—Muy bien, podría invitarle en otra ocasión a practicar alguna de esas actividades. Al menos para aprender yo de usted.

Internamente, Mariela se alegraba de que sus palabras produjeran este efecto y ella pudiera asegurar otra cita con el extranjero, pero a la vez, su temor de hacer el ridículo frente a una persona a la que se suponía que debía impresionar le atemorizaba; sin embargo, no permitió que esta emoción negativa se notara en sus facciones. Se veía tan relajada y cómoda como cualquier mujer puede estarlo en un primer encuentro con un hombre de su interés.

Mientras las dos parejas de la mesa contigua terminaban su cena y conversaban en inglés, ya que los acompañantes de Yuri aún no dominaban el idioma español, Polochnik sellaba con Mariela el compromiso del siguiente encuentro.

—¿Me permite acercarla a su domicilio?

Yasna aceptó, aliviada por no verse obligada a pasar más tiempo con su objetivo.

Berestnev se demoró un buen rato en ponerse en marcha, minutos que a Yasna le parecieron eternos. Al fin, después de haber pagado la cuenta (los gastos de los seis fueron cubiertos por él), se levantaron de las mesas y salieron.

—¿Me permite la dama fumar un cigarrillo? —preguntó Yuri cuando se encontraban frente al automóvil estilo “weekend”, en el que viajarían todos los comensales.

Yasna lo tomó del brazo, consciente de que Vitalina estaría observándoles desde su propio vehículo, era una señal de que abandonaría el local junto con él, para que la agente rusa los siguiera.

—Por esta vez está bien —murmuró en su oído—, pero le advierto que no es un hábito que me agrade.

Con suavidad, Berestnev echó una bocanada de humo hacia el extremo opuesto, y al mirarle, Yasna pudo ver un destello de fascinación en sus ojos. Lo tenía firmemente prendido.

En la casetera del automóvil sonaba una magnífica melodía de intenso sabor eslavo.

—Borodin —dijo Polochnik al constatar el deleite de Mariela frente a su elección musical—, Alexander Borodin.

Era doctor en química y componía en su tiempo libre. Nos recuerda que un hombre no necesariamente debe estar encuadrado en una sola ocupación. Somos seres integrales, capaces de hacer muchas cosas a la vez.

Mientras el Peugeot azul se encaminaba hacia el norte, a casi cien metros de distancia le seguía un Ford Fiesta, en el que la conductora había sintonizado una estación de radio local.

—Así que esta es la música folklórica de este país —gruñó—. Estrambótica.

A una vuelta de esquina de distancia de su casa, Mariela dijo:

—Déjeme aquí, por favor, mi hermana me mata si me ve en compañía de otro hombre. Le tiene mucho cariño a mi actual pareja.

—Como usted lo desee —respondió Polochnik, tomando su mano—, pero prométame que esto no impedirá que nos volvamos a ver.

—Por supuesto que no —dijo Mariela en tono jovial, pero no sin cierta excitación nerviosa que realmente sentía; ansiedad por desprenderse de una vez del sujeto—. Es una promesa que será cumplida... en el tiempo y lugar que acordemos.

—Perfecto. Hasta entonces —dijo Berestnev, satisfecho, besando a Mariela en la mejilla.

Al descender del vehículo, que se alejó a toda velocidad con los otros acompañantes saludando efusivamente, como si retornaran de una fiesta de casamiento, Yasna permaneció junto al portón de su casa hasta que vio pasar a Vitalina en dirección contraria, haciendo sonar la bocina como lo haría cualquier vecina del barrio.

Yasna, quien abrió lentamente la puerta para no hacer ruido y no molestar a su hermana, no imaginaba que Danae estaba esperándole, y que pese a su precaución para no ser vista en compañía de Alexei Berestnev, la suboficial Leiva ya le había visto... en el restorán.

Capítulo 9

Danae estaba sentada en el sofá, vestida con su bata de Daisy y pantalones de algodón a rayas azules y blancas. Sus pantuflas verde agua estaban ocultas por la mesa de centro.

—¿Puedo saber de dónde vienes? —preguntó a Yasna, mirando su reflejo en el televisor apagado.

Yasna se demoró un instante en responder a la pregunta, no estaba preparada.

—Estaba con unos amigos —contestó con un leve tartamudeo.

—¿Los mismos del otro día? —preguntó Danae en referencia a las inesperadas visitas, antiguos camaradas del otrora conocido como Yevgeni.

—No, no... otros amigos —respondió Yasna, tratando de desembarazarse, aunque ya sabía que sería inútil librarse del interrogatorio.

—Estás ampliando tu círculo, ya veo —Danae frunció la nariz—. Hay olor a cigarrillo. ¿Estuviste fumando?

Danae sabía que Yasna lo hacía en ocasiones cuando estaba fuera y nunca antes le había reprochado ese vicio. Yasna entendió que la intención de la pregunta era fastidiarla y se dejó arrastrar hasta donde su hermana quería llevarla, dialécticamente hablando.

—Un amigo estuvo fumando al lado mío —dijo quitándole importancia al asunto, quitándose también el blazer.

—Bastante mayor tu amigo —respondió Danae en el mismo tono.

Silencio. El ojo del huracán.

Danae se levantó del sillón, dejando la taza de humeante café sobre la mesa. A los ojos de la aterrada Yasna, la figura de su hermana se acrecentaba aún más con cada paso que daba. Incluso tenía la impresión de que estaba vestida de uniforme bajo la bata.

Con tono severo, pero sin levantar la voz, la suboficial Leiva preguntó:

—¿Me vas a explicar qué es lo que está pasando?

—Ya... ya te dije... es un amigo... son amigos...

—Amigos. Perfecto. Pero si ese tipo al que estabas abrazando es tu amigo y no del ruso... ¿qué pasó? ¿Te olvidaste de él? ¿Ya no te gusta? ¿No te gustan tan jóvenes?

—¡No! —gritó Yasna, para luego agregar en voz mucho más baja—. No es eso, si yo lo quiero a Yeva... Pero es que...

—¿Es que qué? —la azuzó Danae acercándose, aún más indignada por la insolencia de su hermana—. ¿Lo quieres y a la vez lo engañas? Explícame eso, a ver, dime.

—No puedo —respondió Yasna, con los ojos empañados—, no puedo decirte.

—Me vas a decir, quieras o no. Estas bobadas no van conmigo, ni contigo. Yasna Leiva jugando a dos puntas. ¡Qué bochorno! ¡Qué dirían papá y mamá!

—¡No, no! —suplicó Yasna, tomando a su hermana por las muñecas—. Te digo, sí, te digo todo, pero no les digas nada a ellos.

La mirada de conmiseración de Danae hizo saber a Yasna lo que su hermana iba a decirle a continuación.

—Solo de verte así ya me estoy imaginando lo peor. Como se dice, la excusa agrava la falta. No me imagino en

qué lío estás metida, Yasna. Pero más te vale que me cuentes todo. La pura y entera verdad.

Danae levantó de la mesa la taza de café y se dirigió a la cocina, haciendo señas a Yasna para que la acompañara. Obedeció bajando la cabeza y apretando el blazer entre sus manos.

Capítulo 10

Al terminar su extensa narración de lo ocurrido en las últimas semanas, sobre lo que había descubierto y no debía revelar de alguien a quien creía conocer, Yasna bebió un largo sorbo de café, con el que parecía intentar llenar el espacio que sus palabras habían ocupado, y el vacío que existía en su pecho liberado de secretos.

Danae no parpadeaba.

—A ver si entendí bien... —dijo cuando pudo salir de su estado de estupefacción—. ¿Te uniste a un grupo paramilitar extranjero para seducir y secuestrar a un tipo que no conoces... porque sí?

—Bueno, no “porque sí” —replicó Yasna, insegura de su propio argumento—, en realidad venían a buscar a Yeva...

—Que resulta que no se llama Yeva —interrumpió.

—Eh, exacto, y yo... me metí para demostrarle que me importa, que lo quiero.

—¡Tremenda prueba de amor! —exclamó con sorna la suboficial Leiva—. Y ahora, loca rematada, ni siquiera le puedes ver, porque ese tipo, como se llame, los va a matar a él y a ti. ¡Qué bonito!

—Era lo que debía hacer... Vita...

—Otra loca de patio. Amagó a llevarse a su ex novio y tú no te pudiste aguantar... —Resopló y se llevó a la boca un par de galletas—. Yasna, debiste dejar que esto lo resolvieran ellos, no era asunto tuyo.

—Empezó a ser asunto mío cuando ella me puso una pistola en la cabeza y me obligó a traerla aquí con toda la tropa.

—Y ahora es tu amiga —respondió Danae, apoyando ambos brazos sobre la mesa y estirando el cuello—. ¿Por qué no me dijiste que estaban armados acá en la casa?

—¿Y qué ibas a hacer, qué íbamos a hacer dos contra cuatro, sin incluir a Yeva? Nos hubieran matado a las dos.

—A ti, quizás, a mí... no creo —dijo Danae con gesto orgulloso.

—Eres una suboficial de Carabineros, con todo respeto, pero ellos son un grupo de élite del Ejército Ruso, veteranos de guerra, ¿te vas a comparar?

—Yeva... Kiril, como dices que se llama, ¿él también? ¿Ex combatiente? —preguntó Danae, con más pena que sorpresa.

—Sí, de Che... Cha...

—Chechenia —corrigió Danae, reflexiva.

—Esa misma, y de ahí conocen a este compadre... este que me estoy agenciando.

Danae parecía empezar a comprender que su hermana, a quien siempre había visto como alguien frágil y algo desorientada con respecto a las cosas de la vida, tenía bastante que entregar y aportar si se le daba la oportunidad, aunque tuvo que encontrarse con una banda armada en busca de justicia y revancha que la acogió entre sus miembros para descubrir su potencial y habilidades. Recordaba haberle dicho que no tenía “lo que se necesita” para entrar en el cuerpo de Carabineros, y ahora, al verle de pronto tan audaz y decidida, como nunca la había conocido, se reprochaba a sí misma no haberla inducido, más bien haber hecho lo contrario, disuadirla de ingresar en la institución de Orden y Patria.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—No puedes —replicó con aspereza Yasna—, él no puede saber quién soy en realidad, ni le gustará nada tener a la policía cerca.

—Si es por eso, hay muchos carabineros y policías en el Club de Tiro.

—Pero él no se relaciona con nadie. Yo lo he visto, se limita a ayudar a principiantes, pero nada más.

Yasna golpeaba a un ritmo acelerado los dedos contra el borde de la mesa.

—¿Y qué piensan hacer estos amigos tuyos? ¿Cuándo piensan atraparlo? Lo pregunto en realidad por ti, porque quiero saber cuánto va a durar esta aventura tuya.

—Hay un plan y una fecha, pero tenemos que llegar a ganar su confianza, de manera que podamos llevarle allí en el momento preciso.

—No me tranquiliza nada tu respuesta —dijo, después de soltar una potente exhalación—. Se parece a las respuestas que nos dan los de investigaciones.

—No se te ocurra tampoco comentárselo a ellos.

—¿Qué? Eso sí que no. Dejar que ellos se lleven el crédito, no señor. Ellos... —aseveró golpeando la punta del índice contra el plato que había sostenido la taza de café—, ellos deberían saber que este tipo está aquí, y si acaso lo están buscando, por mí no se van a enterar en donde está, que lo encuentren ellos.

Había dos sentimientos que opacaban a todos los otros en la vida de Danae: el amor hacia su gata Cereza y el resentimiento hacia la Policía de Investigaciones de Chile. Los

héroes de todas las películas, como ella, burlesca, los llamaba. Mientras que sus queridos camaradas eran vilipendiados y mal mirados por gran parte de la ciudadanía, especialmente los conductores de automóviles, infractores temerarios que se molestaban por tener que enfrentar las consecuencias de sus acciones. Y qué decir de los participantes de reyertas públicas o altercados en casas de familia, situaciones en las que todos decían tener razón y denostaban al personal policial por no ponerse de su parte.

Cereza husmeaba su plato de comida y se volvía hacia su protectora maullando con rabia, como cuestionando la elección y la calidad del alimento. Danae la tomó entre sus brazos y la gata extendió sus extremidades sobre el pecho de su ama.

—Lo que espero —dijo Danae, hablándole a su hermana, pero con sus ojos fijos en los de Cereza—, es que salgas, primero que todo, con vida de este embrollo. Y por supuesto, para eso cuenta con mi ayuda y apoyo. Y lo segundo... que si alguno de estos rusitos está solo, que me lo presentes, ¿vale?

—Lo segundo me parece más difícil —respondió Yasna, levantándose de la mesa y dejando a su hermana con su gata en brazos, para ducharse y cambiarse de ropa, pensando ya en el próximo encuentro con su objetivo.

Alexei Berestnev, mientras tanto, en su departamento en algún lugar de Santiago, bebía un último vaso de licor antes de ir a dormir.

—¿Qué piensan ustedes? —preguntó a sus acompañantes.

Los dos se miraron y uno de ellos, el fortachón de gruesa barba, respondió:

—Parece tener un interés genuino en usted, pero igualmente conviene investigarla, para saber de dónde viene y en qué círculos se mueve.

—De acuerdo, mañana irás a su barrio nuevamente y observarás. Procurando, por supuesto, que no te vea.

Los tres convinieron en ello y los dos acompañantes se retiraron, dejando a Berestnev solo en el comedor, bebiendo y pensando en Mariela.

Capítulo 11

Estamos en el Estadio Nacional, en Santiago, para vivir el encuentro válido por la ida de los octavos de final de la Copa Libertadores de América, entre nuestra Universidad de Chile y el club Atlético Nacional, de Medellín, en Colombia. Un millar aproximadamente de hinchas colombianos que acompañan a su equipo.

Yasna había adoptado la costumbre de su padre de escuchar la transmisión de la radio incluso estando en el mismo estadio. Esto no le incomodaba a Polochnik, quien, aunque había insistido en pagar el importe de las entradas, se consideraba invitado de Mariela, la cual vestía su camiseta del “romántico viajero”. Yuri había comprado un gorro de lana tricolor con la silueta de un búho en la parte superior, en un puesto a la entrada del estadio. Sus dos acompañantes adquirieron bufandas que llevaban, uno de ellos, extendida sobre los hombros, y el otro, alrededor del cuello, como una enorme corbata.

—¡Qué ambiente! ¡Una maravilla! —comentó extasiado Yuri Polochnik al observar la explosión de globos y cintas de colores rojo, blanco y azul que saludaban la salida al campo de juego del equipo local.

Los otros dos extranjeros aplaudían con entusiasmo.

A cincuenta metros de ellos, otro grupo de inmigrantes los observaba. Kiril estaba junto a sus compañeros, con la cabeza cubierta por un sombrero redondo de color azul. Vitalina llevaba un enorme abrigo de color gris oscuro que ocultaba sus formas femeninas, su rostro tampoco era reco-

nocible bajo la visera roja de la gorra de la selección nacional chilena y los gruesos lentes que le daban la apariencia de una estudiante con miopía.

— Ahí está la rata —dijo a sus compañeros en su idioma nativo.

Todos habían ingresado junto a los líderes de la facción más radical de la afición del club azulón, quienes por un módico precio les habían ayudado a pasar clandestinamente las armas que portaban. Es justo decir que los ultra fanáticos estaban fascinados por la actitud de los huéspedes y la calidad de su armamento. “Respeten a los muchachos que son profesionales”, había dicho a sus cofrades el líder del movimiento, cediéndoles el paso y alejando del lado de Vitalina Dzherkidze a los indeseables admiradores.

Con el pitazo inicial comenzaron también los preparativos de los cuatro forasteros para acercarse a su objetivo, con ayuda de Mariela. La multitud y el rugido de las voces de los fanáticos de los dos equipos conformaban el ambiente perfecto para que una persona pudiera ser abordada sin despertar mayor interés en quienes le rodeaban. De esta manera, se habían cometido tanto delitos menores como asaltos o hurtos, a modo de ajustes de cuentas entre grupos rivales e incluso de hinchas del mismo equipo. Las fuerzas de seguridad no podían contenerles a todos, y en realidad ellos estaban más interesados, en defensa de la buena reputación de su país, en prevenir las agresiones hacia el público visitante que en intervenir en cualquier gresca entre simpatizantes de una parcialidad ya catalogada tradicionalmente como conflictiva. Por esta razón, Yasna no había asistido en mucho tiempo al estadio para ver a su equipo del corazón,

y solo lo hacía en esta ocasión porque era la mejor oportunidad que tenían Vitalina y sus secuaces de “extraer” a Alexei Berestnev, lo que intentarían hacer al final del primer período, luego de que Yasna les diese la señal convenida.

La afición azul estuvo activa y desbordante de emoción durante todo el desarrollo del encuentro, puesto que el equipo universitario generaba muchas ocasiones de acercarse al guardameta rival. La marea humana estalló en éxtasis a los doce minutos, tras un pase en el mediocampo que el delantero izquierdo transformó en un remate certero al arco. El club Universidad de Chile establecía ventaja.

Los rusos, apoltronados en sus asientos, aplaudían simulando acompañar los cánticos del público local, en su mayoría puesto de pie. Berestnev, Yasna y sus acompañantes hacían lo propio un poco más arriba. Tanto estos como aquellos gritaban a los jugadores arengas en su idioma nativo. De no ser por la segunda intención que llevaba a los cinco jóvenes a encontrarse allí en ese momento, así como a Yasna, Berestnev y sus acompañantes, hubiera parecido a los ojos de cualquier observador como una experiencia típicamente chilena, ofrecida a turistas foráneos.

“Patito”, el líder de la banda de ultra fanáticos, los observaba con admiración. “Cómo alientan estos rubios —se decía—, más que los nuestros”.

El cuadro visitante comenzaba a ejercer presión y a incursionar en el campo de la Universidad de Chile. Los colombianos remataban con fuerza al arco, todavía sin éxito.

Alrededor de los treinta minutos de juego, un tiro de esquina dio lugar a un cabezazo en el aire ante el cual nada

pudo hacer el arquero universitario. Atlético Nacional igualaba el marcador. Los simpatizantes azules estaban algo decepcionados, pero sabían que contaban con mucho tiempo aún para ponerse en ventaja. Y el fervor del público acompañaba los esfuerzos de los “leones” para desempatar.

Yasna estaba sentada, muy pegada a Berestnev, haciéndose lenguas de los méritos de los jugadores de su amado club. Polochnik, mientras tanto, hacía lo propio con los que él recordaba de su equipo favorito, Rubin Kazan. Los acompañantes asentían y también intercambiaban comentarios entre ellos. La misma ansiedad que sufrían los aficionados locales al ver a su equipo en una situación incómoda frente a su rival, era la que sentía internamente Yasna al ver cómo se acercaba el instante decisivo.

El plan estaba ya concertado: Mariela se levantaría de su asiento para ir a los servicios sanitarios, Polochnik ofrecería ir con ella y ambos caminarían por las gradas junto a los dos acompañantes. En medio de la marea humana, Kiril abordaría a Yasna, Vitalina y Konstantin a los dos acompañantes, y los otros dos a Berestnev, al que llevarían a punta de pistola a la camioneta en la que habían ido. Yasna sería llevada a su casa, los matones a la comisaría y Berestnev al aeródromo en el que esperaba un chárter para sacarlo furtivamente del país. Y tanto mejor si al final ganaba la “U”.

Y esto era bastante probable, pues a los cuarenta y dos minutos del primer tiempo, tras una falta en defensa de un jugador de Atlético Nacional, el capitán del equipo local ejecutó un tiro libre que atravesó el área de derecha a izquierda

y se clavó en el ángulo superior izquierdo. 2-1 era el marcador ahora, los azules irían al descanso en ventaja frente a su público que los vitoreaba exultante.

El árbitro adicionaba dos minutos al tiempo reglamentario. Vitalina y sus compañeros preparaban sus armas, ocultas bajo sus chaquetas o abrigos. Yasna daría la señal al levantarse y ellos comenzarían a marchar detrás de sus objetivos, en un marcaje personal como el que habían visto ejercer en el campo de juego.

Llegó el final de la primera etapa. Los jugadores se iban retirando del césped del Estadio Nacional.

—Necesito ir al baño —dijo Mariela en voz alta.

Yuri Polochnik se sorprendió por la desfachatez de revelar un deseo tan privado tan abiertamente, pero lo atribuyó a la dificultad que en medio del gentío tendrían para comunicarse.

Tal como lo esperaba, Polochnik se ofreció a acompañarla, y tras un momento de vacilación (que permitió que la pareja se alejara unos pasos de ellos), sus acompañantes también se decidieron a responder al llamado de la naturaleza.

Mariela echó una mirada abajo, fingiendo acomodarse el cabello, y pudo ver a sus camaradas ascender por los peldaños de una escalinata próxima a la que ellos estaban pisando. Al girar a la izquierda, a unos veinte metros, se encontraban los servicios sanitarios, y antes otra escalera por la que se volvía a descender. En este punto debían abordar cada cual a su presa, siendo Kiril el que debía apartar a Yasna de Berestnev y sus secuaces.

Caminando hacia los servicios, Yasna sintió una mano tomarla del brazo y pensó que Kiril se había adelantado para ponerla a buen resguardo mientras los otros actuaban,

pero su sonrisa se borró cuando se encontró con un rostro al que no esperaba ni deseaba ver.

Era Germán.

—¡Yasna! —le dijo a media voz.

Berestnev se dio la vuelta y al ver a Mariela acosada por un extraño, multiplicó sus fuerzas y se abrió paso a brazadas entre el público.

Los dos rusos que lo esperaban a pocos pasos de distancia quedaron desconcertados al verle retroceder y caminar en dirección opuesta. Vitalina y Konstantin estaban ubicados al lado del calvo y del barbón, pero no podían hacer frente a dos cada uno.

Kiril estaba detrás de Germán, pero al ver a Berestnev, tuvo que retroceder para no ser identificado. Era el que corría más peligro por ser él mismo un residente de Santiago y vecino de Yasna, reconocible a plena luz del día.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Polochnik en tono paternal, pero con el ceño fruncido—. ¿Es amigo suyo?

Era otra la presunción de Berestnev, pero utilizó la palabra “amigo” para no ofenderla.

Yasna titubeó un instante y luego dio la única respuesta que convenía a su situación.

—No, no lo conozco.

—Pero, Yasna. Soy yo, Germán.

—No conozco a ningún Germán —respondió mirando primero a su ex y luego a Yuri—. Y no me llamo Yasna.

—¿Pero cómo...? —insistió él.

—La señorita dice que no le conoce... debe haberse confundido usted —terció Yuri, tomando del brazo a Mariela para continuar su camino hacia los baños.

Germán cometió el error de su vida al tomar del brazo a Alexei Berestnev. Si hubiera sabido el joven empleado de Entel que la persona que tenía al frente era un ex combatiente y criminal de guerra prófugo, lo habría pensado dos veces.

—¿Pero usted qué se cree? —bramó indignado—, ¡métese esa mano en los calzones!

—¿Qué se cree usted... gorilón? —respondió Germán, atrevido.

Berestnev dio un empujón a su contendiente, quien fue a caer entre los brazos de otros enardecidos hinchas azules, deseosos de participar en el altercado. Estos comenzaron a insultar al acompañante de Yasna, quien para evitar mayores problemas, dijo:

—Es mejor que nos vayamos.

Yasna quedó petrificada por estas palabras, que condenaban al fracaso la operación. El berrinche de Germán dio tiempo a sus acompañantes a reunirse con Berestnev, a la vez que impidió que Vitalina y Konstantin pudieran llegar hasta él. Lo que parecía una danza por parejas bien organizadas, terminó enredándose hasta quedar Yasna de un lado con Polochnik y compañía, y todos sus camaradas por otro lado.

Los otros dos, que debían haber enfrentado a los secuaces de Berestnev, descargaron su frustración contra Germán, quien inexplicablemente se vio lanzado al suelo y pateado por dos desconocidos sin relación aparente con el nuevo amigo de Yasna.

Estos dos, junto a sus acompañantes, abandonaron el estadio y subieron al automóvil en que habían venido. Encendieron la radio para escuchar el relato del segundo

tiempo del encuentro, y Yuri Polochnik, sentado junto a Yasna en el asiento trasero, hizo sacar de la guantera un pañuelo de color verde.

— Ahora vamos a mi casa... Yasna — dijo mientras le cubría los ojos con el pañuelo y lo anudaba en la parte trasera de su cabeza, bajo su cabello.

El terror hizo presa de ella, pero no pudo siquiera moverse. Se dejó cegar dócilmente. Lo último que vio fue la mirada del calvo, fija en sus ojos.

Capítulo 12

Cuando llegaron a su destino, habían pasado alrededor de treinta minutos, a juzgar por el tiempo transcurrido del segundo período, en el que la Universidad de Chile había logrado marcar un gol más, estirando la ventaja sobre Atlético Nacional. Berestnev había dejado encendida la radio porque ello daría una impresión de normalidad a los conductores que pasaban por el lado de su vehículo, además de rodear con su brazo y estrechar contra su pecho a Yasna, de manera que cualquier observador casual pensara que estaba dormida.

Ella sintió cómo, después de un extenso viaje por avenidas y calles desconocidas, descendían hacia un estacionamiento ubicado en un subsuelo, hasta que finalmente el coche se detuvo. Berestnev le tomó de la mano y le ayudó a salir del automóvil. Luego enlazó su brazo al de ella, al tiempo que detrás de la pareja se ubicaba el par de acompañantes.

—Si no tienes nada que temer, no temas —cuchicheó en su oído.

Yasna había puesto su mano libre en su bolsillo, pues nada podía esperar hacer con ella, sola frente a tres hombres en un lugar desconocido en mitad de la noche. Tampoco podría prever nada más que un acelerado final en caso de que alzara la voz pidiendo auxilio. Estaba completamente a su merced y pensó que lo más conveniente era dejarse conducir.

Los cuatro subieron por las escaleras hasta cierto punto que Yasna entendió que sería el tercer o cuarto piso de un

edificio de departamentos. Casi nada se oía, salvo tenues voces y el sonido de un televisor.

Al abrirse la puerta, Yasna sintió el deseo de resistir y correr, pero al primer movimiento la suavidad con la que Berestnev la tenía asida se tornó en férrea brusquedad. La ayudó a sentarse en un pequeño sillón de un cuerpo y le dijo:

—Ahora te voy a quitar la venda, y te quedarás tranquila y callada. No quiero tener que amarrarte, y no lo haré mientras no me obligues a hacerlo, ¿de acuerdo?

Yasna asintió con la cabeza hacia un lado, como si mirara su mano derecha. Cuando le fue quitado el pañuelo de delante de los ojos, vio a Alexei Berestnev, ya no a Yuri Polochnik, pues su actitud y postura eran radicalmente distintas; lo esperable de un militar acostumbrado a dar órdenes y a dominar la situación a su antojo.

—Los muchachos están preparando algo para comer —dijo, sentado en una silla frente a ella, una de las cuatro que conformaban el juego de mesa que se encontraba en el otro extremo de la sala de estar—. Mientras tanto, tenemos tiempo para conversar. Déjame decirte en primer lugar que sé quién eres, conozco tu verdadero nombre y dónde vives. Vives con tu hermana, que tiene un gato y trabajas como me dijiste, como maestra de niños. En esto sí que no has mentado.

Yasna guardaba silencio, no confirmando ni negando lo que Berestnev le enrostraba.

—Pareces una buena persona, una mujer, sin ofender, del montón... normal, pero ciertamente muy agradable y atractiva; sin embargo... —Carraspeó antes de proseguir—.

Como se diría... tu interés por mí me pareció algo demasiado bueno para ser verdad. Por eso, precisamente, te he dejado acercarte, para conocer tus verdaderas intenciones.

Como ella seguía sin pronunciar una sola palabra, enmudecida por el miedo, Berestnev prosiguió su discurso.

—Déjame hacerte una sola pregunta —dijo, acercándose a ella, inclinándose hasta poner su rostro al mismo nivel del suyo—, ¿sabes quién soy yo?

Yasna le puso una mano en el hombro y dijo:

—Eres Yuri Polochnik.

Berestnev retiró la mano de Yasna de su hombro y la tomó entre las suyas.

—Ya no es necesario fingir, querida —respondió, algo irritado por las palabras de Yasna—, sé que lo sabes y no me importa. Lo que me importa es cómo y quién te lo ha dicho. —Se alejó de ella para observar por la ventana. El cielo estaba despejado y las luces de la ciudad opacaban el brillo de las estrellas—. Si a tus amigos, o lo que sean, les importas, seguro nos habrán seguido. Les dejaré esperar y mañana te entregaré a ellos. Pero por supuesto, deberán darme algo a cambio. —Se frotó el mentón con su mano derecha y se volvió hacia Yasna—. Por lo pronto, pasarás la noche aquí. Antes de que digas nada, te diré que te dejaré la habitación para ti sola. No te obligaré a pasar la noche conmigo en contra de tu voluntad. Más allá de lo que te hayan contado de mí... tan bestial no soy. —Le señaló la puerta de la habitación a la que se refería y la ayudó a levantarse.

Yasna tenía toda la expresión de la derrota y la impotencia plasmadas en su rostro. Su cabello ahora desgredado y sus pies hinchados contrastaban con el radiante aspecto

que ofrecía apenas un par de horas antes. Incluso su camiseta parecía de un color más opaco, acaso por estar oculta parcialmente bajo el abrigo ofrecido por Berestnev.

Insegura aún de la gravedad de su situación y de lo que le depararía el día siguiente, pasó más tiempo del acostumbrado en la ducha, quedándose inmóvil por momentos, temerosa de que Berestnev osara entrar al cuarto de baño, cosa que él no hubiera hecho, ocupado además de sus propios planes. La noche sería larga y Berestnev y sus secuaces la pasarían despiertos.

Él no se había equivocado al decir que sus contrapartes se preocupaban por el bienestar de Yasna. Ellos conocían su residencia incluso desde antes, y allí estaban apostados esperando en su Renault Traffic, pero como antes, no se habían cruzado en su camino porque esto no hubiera provocado más resultado que una balacera fatal e improductiva para unos y otros. Habían elaborado un plan en torno a uno de ellos, del que no estaban totalmente convencidos, y por casualidad la búsqueda de su camarada exiliado los había llevado hacia quien terminó ofreciéndose como el cebo necesario. No podían dejarla atrás y marcharse, pero tampoco podían poner en peligro su vida; vale decir, más de lo que ella misma había hecho.

—No deberíamos haberla comprometido —dijo Konstantin a sus cofrades—, debería haber sido yo, no ella.

—Lo hecho está hecho —respondió Vitalina—. Además, no podíamos dejarla irse así nomás, menos con todo lo que sabía.

—¿Qué sabía? —gruñó Kiril, indignado—. Sabía lo que tú le dijiste, no debiste abrir tanto la bocota delante de ella.

—¿Y qué iba a decir, señor Fantasma de la Ópera? ¿Que soy tu ex novia y vengo a recuperarte? ¿Sabes lo denigrante que suena eso, para la que lo dice y la que lo escucha? Me hubiera roto una botella o algo en la cabeza.

—Te lo merecías por venir a arruinar mi vida —sentenció Kiril.

Siguió una serie de palmetazos, tirones y juramentos que comenzaba a sacudir la camioneta y alertar a los perros del barrio. Sus tres compañeros tuvieron que separarlos.

—¡Hey, hey! Tranquilos, muchachos —dijo Pyotr Rumyancev—, como dijo la compañera Vitalina, ya está hecho. Debemos esperar ahora, porque este tipo querrá comunicarse con nosotros, si es que sabe que existimos. Y si no, desear que lo que ocurra con ella no sea lo peor. Yo preferiría que confiese y que Berestnev la deje en paz, ya nos encargaremos nosotros como debimos hacerlo desde el primer momento.

—Berestnev puede obligarnos a negociar, a tener que conceder algo en pago por la libertad de Yasna —comentó Anton Malkievich—. En ese sentido tiene ventaja, tiene algo que nosotros queremos y puede exigirnos lo que desea.

—No —dijo Vitalina mirando hacia arriba, sin saber exactamente en qué piso se encontraría cautiva aquella a quien ahora sentía como amiga—, Yasna no lo permitirá, no se hará parte de ello, preferirá morir ella antes que comprometernos a nosotros.

—¿En serio crees eso? —preguntó Konstantin—, ¿tan bien la conoces?

Vitalina echó una mirada amplia al rostro de cada uno de ellos y dijo:

—Al menos mejor que ustedes. Somos mujeres, y como mujeres nos conocemos.

En el dormitorio en que había sido alojada, Yasna también pensaba en Vitalina y en sus compañeros, mientras intentaba pasar por su garganta la pechuga de pollo con arroz azafranado que Berestnev había hecho preparar para ella. Se había quitado la camiseta de la “U” y vestía un pijama un poco holgado que pertenecía a uno de los matones de Yuri, el barbón. “Pensar que soy casi de la misma compleción física de ese gallo”, se decía ella, consolándose con esa tonta broma de su situación, precaria en el presente, incierta en el futuro.

Se acostó y durmió profundo en pocos minutos, siendo ya un nuevo día, un día del que ella no sabía qué esperar, pero para el cual Alexei Berestnev tenía planes concertados con mucha antelación.

Los suaves golpes en la puerta despertaron a Yasna. Eran aproximadamente las nueve de la mañana. Berestnev asomó la cabeza detrás de la puerta entreabierta, con gesto adusto, aunque estaba maravillado por la visión de esa bella durmiente.

—Prepárese, porque vamos a desayunar y salir —dijo en voz alta, pero sin violencia, manso.

Yasna se miró al espejo que estaba al lado de su cama, uno redondo, giratorio, y se arregló el cabello lo mejor que pudo, faltándole sus implementos de belleza. Había soñado estar en un lugar muy lejano de donde se encontraba ahora, y sentía más que nada fastidio por la idea de hallarse allí a merced de ese hombre al que había fingido adorar, despreciándole internamente. Al menos estando secuestrada no

debía ir a trabajar. Ya daría sus excusas a la directora de la Escuela de Lenguaje... si acaso vivía para ello.

Berestnev volvió a aparecer y dejó en manos de Yasna una camiseta de hombre, de mangas largas, de color entre naranja y café claro, como el color de la lúcuma. Yasna se la probó y vio que no le iba tan mal, menos con los jeans y la chaqueta que había llevado la noche anterior y que cubría la camiseta azul.

El desayuno era lo normal: café y tostadas con mermelada y manjar, pero otra cosa eran las vestimentas de los comensales.

Los tres llevaban el uniforme de la Fuerza Aérea chilena y distintivos que los hacían pasar por tal. Era una falacia, por supuesto que eran impostores. Pero ¿por qué razón?, se preguntaba a sí misma Yasna, quien se vio en inferior condición, debido a la modestia casi indigente de sus ropas comparadas con los relucientes trajes.

Berestnev conversaba con sus empleados en su idioma natal, aparentemente dando indicaciones y comentarios acerca de los elementos que iban apareciendo encima de la mesa. Más que nada documentos y otros enseres de oficina, pero también un par de pistolas y un maletín color aluminio en que iban guardando unas y otras cosas.

—Día de negocios hoy —dijo a Yasna en español, interrumpiendo su verborragia rusa.

El negocio de Alexei Berestnev era la seguridad, como él justamente lo había dicho, y en cierta forma lo era el comercio también, pero de una manera y con métodos que Yasna jamás hubiera imaginado.

Yuri Polochnik era la mano que firmaba documentos y trasladaba sumas de dinero entre el Ministerio de Defensa y la Fuerza Aérea, y entre esa y los proveedores de servicios o insumos, era una aparición fugaz y fantasmagórica cuya existencia se podría negar a la hora de las auditorías y las demandas. Se trataba de un empleado externo que operaba en el corazón de las tramas corruptas de una institución demasiado lejana al quehacer cotidiano para que sus tramoyas quedaran en evidencia, un comisionista de crímenes perfectos, y aparentemente, sin más víctimas que los ciudadanos contribuyentes.

Vitalina y compañía, y ahora también Kiril Poloyedov, estaban al tanto de sus turbias operaciones, y le habían seguido hasta este punto conociendo su línea de trabajo, pero estos chanchullos les parecían nimiedades comparados con los crímenes que había cometido en la guerra de Chechenia. Aun así, la aprehensión de tal personaje reportaría un segundo beneficio, en este caso para la sociedad chilena, y se congratulaban por ello, pensando además que nadie echaría de menos a una persona cuya dudosa procedencia y perfil bajo le hacía fácilmente olvidable para quienes trataban con él. Existía y a la vez no.

—Sherzat te va a llevar a comprar ropa decente —dijo Polochnik a Yasna mientras terminaba su taza de café. Sherzat era el hombre calvo—. Nursultan y yo los encontraremos más tarde —agregó. Nursultan era, evidentemente, el barbón, quien miraba con ansia de enamorado a Yasna. A esta no le había desagradado ese hombre de tez blanca que contrastaba con su negra barba, la cual enmarcaba sus pómulos rosáceos y sus pequeños ojos color avellana. El calvo era bastante falto de gracia, tieso, inexpresivo.

Los ocupantes de la Traffic vieron salir a Yasna junto a su carcelero. El Mercedes que conducía el calvo pasó por el lado de la camioneta, que ella conocía. Luego vieron salir un jeep Land Rover en dirección opuesta, en el que viajaban Alexei Berestnev y Nursultan.

Los integrantes del comando ya sabían a dónde se dirigía, ellos también habían hecho planes para este día conociendo los de Berestnev, que dada su ocupación, no podía dejar de estar presente en la edición de ese año de Expo Defensa, la muestra internacional de armamento y vehículos militares que se celebraba en dependencias anexas al Círculo de Suboficiales del Ejército de Chile, institución anfitriona del evento.

Desconocían hasta ese punto cuál era el motivo de la separación de las dos parejas y su salida en diferentes direcciones, pero Vitalina dio con la respuesta correcta.

—Berestnev va a llevar a Yasna a la Expo. Seguramente la hará pasar por su esposa. Y no puede llevarla en esa facha. Me juego la cara a que fueron a comprar ropa.

—Nosotros también debemos movernos para asistir con las nuestras —comentó Anton.

Al igual que Berestnev y sus secuaces, ellos también eran “invitados especiales”.

Capítulo 13

Yasna y su chofer estuvieron en la boutique “Marúa”, en la calle Nataniel Cox, alrededor de cincuenta minutos. Después de dos o tres cambios de vestimenta se decidió por un vestido recto de color té con leche y ceñido en la cintura con una especie de faja con hebilla.

—Si he de morir hoy —se dijo—, al menos quiero hacerlo luciendo espléndida.

Compró también un sombrero de ala ancha y un par de lentes. Sherzat solo hizo el gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba, pero su rostro estaba aún impávido. Yasna pensó que si ella no era capaz de estimularle, quizás nada ni nadie lo haría. Aunque los dos se encontraban allí en contra de sus voluntades, Yasna intentó encontrarle el lado amable a la situación, sabía que no podía librarse de su acompañante, pero por otra parte, le divertía la idea de hacerle bajar la guardia y sonsacar el hombre que debía haber detrás del matón.

—¿Te gusta? —dijo, poniendo los brazos en jarra.

Sherzat miraba por encima del hombro de Yasna para no delatarse cediendo ante su mirada seductora.

Vitalina no hubiera sentido envidia de ella, pues se encontraba incómoda enfundada en vestimentas de gala. Ella, igual que sus camaradas, vestía el glorioso uniforme de las Fuerzas Terrestres de la Federación Rusa. Su presencia sería perceptible, pero su tránsito muy reducido, limitado a lo necesario para establecer el contacto y aislar a su objetivo del resto de la delegación con que se encontraba, para luego retirarle discretamente del lugar. El plan original consistía en

infiltrar a Konstantin en el grupúsculo de Berestnev, con su paisanaje como carta de presentación. Cuando Yasna se vio comprometida en la Operación Visarion, se esperaba que el ex militar fuera aprehendido en el Estadio Nacional, y que el asunto que le traía a la Expo Defensa no se concretara. El fracaso de la noche anterior había obligado a cambiar todos los planes y a los jóvenes a presentarse donde hubieran preferido no encontrarse ni ser vistos, pues no solo era un riesgo para ellos, sino que un nuevo fracaso para el Gobierno de su país y su representación diplomática en Chile.

Así las cosas, se vieron obligados a procurarse sus respectivos uniformes y a entrar por la puerta principal al predio en que esperaban algunos de ellos para hacerse con el criminal de guerra Alexei Berestnev y otros, especialmente Kiril Poloyedov y Vitalina Dzherkidze, y quitar del medio y poner a buen resguardo a Yasna Leiva.

Al encontrarse nuevamente Polochnik con Mariela en los jardines del Círculo de Suboficiales (donde ambos podían usar sus nombres ficticios sin despertar sospechas) él la abrazó con toda la naturalidad de un esposo y comenzó a hablarle al oído en actitud confidencial.

—La clase de esposa que quieras ser —dijo—, sumisa, impaciente, indiferente, quizás, me da igual. Cumple con tu rol, espera a que tus amigos vengan a buscarte, a que hagamos un trato beneficioso para ambos, y te prometo que serás libre.

En los jardines contiguos al edificio que albergaba la exposición se hallaba un camión del Ejército, un avión Mirage 5MD Elkan y un helicóptero de emergencias perteneciente a Carabineros de Chile, entre otros vehículos en que arribaron

autoridades militares y que estaban estacionados en línea a un lado de la sede del Círculo de Suboficiales. Miembros de distintas ramas de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, junto con funcionarios de la administración pública y empresarios del sector armamentístico se saludaban cordialmente y compartían el buffet y las bebidas que se ofrecían a los asistentes, en un grato ambiente de camaradería, agradeciendo la hospitalidad de la institución anfitriona.

Berestnev mismo, pasando por oficial de la Fuerza Aérea, parecía conocer y ser reconocido por varios de los invitados. Saludaba con discreción y cordialidad a individuos de todas las divisiones de la familia militar. Yasna lo observaba, estando él acompañado ahora por Sherzat y ella por Nursultan, y pensaba en su primer encuentro con él en el Club de Tiro, y en si acaso muchas de estas personas le conocían también de allí y compartían ejercicios con él; quizás habría ejercido como instructor para más de uno de ellos.

El arribo de los oficiales rusos fue recibido con indiferencia, al suponerse que no hablaban español y su presencia correspondería a una mera formalidad, en un gesto de amistad de la Embajada de la Federación Rusa para con el mundo castrense chileno. Ciertamente es que existían vínculos comerciales con proveedores de la ex Unión Soviética, pero eran pocos los que hacían el viaje desde el otro lado del mundo para estar presentes en convenciones que no ofrecían demasiadas oportunidades. En la mayoría de los casos se recurría a intermediarios locales que luego harían las gestiones con las empresas rusas.

Así, pues, al no llamar demasiado la atención de los asistentes, Vitalina, Kiril, Konstantin, Anton y Pyotr, gozaban de una relativa libertad de movimiento. En un primer momento, se dedicaron a estudiar el terreno, buscando el lugar hacia el que se podía atraer a Berestnev y acorralarlo, y una salida discreta para retirarse sin mayor escándalo. Luego se dividieron en dos grupos, con Kiril y Konstantin en uno y Vitalina con sus dos compañeros en el otro.

Berestnev les había visto, pero fingía no estar enterado de su presencia. Se comportaba como si fuera un día más de negocios. En su maletín llevaba archivos que debían ser intercambiados por otros casi idénticos, salvo en los montos a los que aludían, para que a la postre aquellos ocuparan el lugar de estos en sus respectivas carpetas, juntando polvo hasta el momento de las auditorías. También llevaba en sendos folios información respectiva a la justificación, forzosa vale decir, del egreso de ciertas cantidades cuyo real destino y propósito era preferible no conocer y mucho menos mencionar. El rostro serio, pero amigable de Yuri Polochnik, garantizaba el buen término de las operaciones. En pago de sus exitosas intervenciones recibía cheques con varios ceros cuyo depósito y posterior uso le aseguraban una existencia modesta, pero exenta de preocupaciones por el porvenir.

Es posible que de haber existido realmente Mariela Braca y de haber demostrado un sincero afecto por el tal Polochnik, sin inmiscuirse en los detalles de su trabajo, podría haber gozado de una vida igual de cómoda, incluso asumiendo que el jerarca tuviera una ex esposa e hijos por los que debiera responder.

Al igual que Yuri Polochnik, otros miembros de las Fuerzas Armadas habían asistido al evento junto a sus cónyuges, quienes parecían también conocerse y hasta cierto punto tener amistad entre ellas. Gentilmente, el falso oficial de la Fuerza Aérea la presentó a estas otras damas y le encargó que aguardase junto a ellas hasta que él hubiera finalizado sus quehaceres. Por supuesto que ello ocurría bajo la atenta vigilancia de Nursultan.

Capítulo 14

“¿Qué diantres?”, pensó Yasna, dejando caer su esbelta figura en el sillón en que se encontraba sentada una mujer de unos cuarenta años, pálida y larguirucha, de cabello corto rubio, y nariz respingada. “Si voy a morir, que sea como una diva”.

—Quiero lo mismo que está tomando ella —dijo a una camarera encargada de atender a las damas, que en dos grupos de seis, sentadas alrededor de sendas mesas de estilo art nouveau, departían acerca de sus ociosas vidas el tedio de las semanas pasadas lejos de sus maridos y la carga de la maternidad; las que tenían descendencia, todas menos una, desaconsejaban a las demás que intentasen vivir aquella experiencia que describían como calvario.

La disidente era a la sazón la mayor del grupo, madre de dos hijas que frisaban los veinte años; para ella lo peor había pasado, se dedicaba a recompensarse por el tiempo sacrificado en pos de su familia.

Cuando tocó el turno de Yasna para comentar su experiencia, expuso en primer lugar argumentos que parecían favorecer a las que se pronunciaban en contra de la natalidad, pero al añadir aquello que había podido aprender acerca de la infancia en sus años como maestra —aprovechando, en ese punto, de darse más importancia, agregándose un par de galones, elevándose a sí misma en el escalafón docente—, sus razones se aproximaron más a las de la madre en proceso de jubilación, quedando en una posición intermedia entre ambas opciones.

Desde el lugar en que se encontraba Vitalina Dzerkhidze podía observar los movimientos de Yasna. Le divertía observar cómo su amiga de ordinario, tan insegura y contenida, cautivaba la atención de las otras parroquianas con su desparpajo, además de una mezcla de cómica gracia y sensualidad, moviendo las piernas hacia adelante y atrás, apoyando sus manos sobre las rodillas o a los lados, como si se tratase de su propia casa y en la que eran sus invitadas. Su mentora le había enseñado a llevar un talante más recio y desafiante, pero aquella pose y actitud de “socialité”, eran obra indiscutible de la propia Yasna.

Las señales que los miembros del grupo intercambiaron entre ellos despertaron a Vitalina de sus reflexiones, esta hizo a su vez un gesto en dirección a la mesa junto a la que se sentaba Yasna, invitándola a actuar con calma y prudencia; debía aparentar no saber nada de lo que iba a ocurrir, pero en su interior estar prevenida.

Comenzada la danza, Pyotr y Anton se acercaron a uno de los guardias de Berestnev, mientras Kiril y Konstantin buscaron encerrar a su presa junto a una “isla stand” de una empresa acerera alemana, proveedora de materia prima para la construcción de navíos. El momento en que descubrirían las pistolas no estaba aún decidido; debido a la previsible respuesta de los organizadores, preferirían no tener que utilizarlas bajo ningún pretexto.

—Ahora... —indicó Kiril en el momento en que Berestnev, conversando con un joven de baja estatura, cabello engominado y lentes de marco grueso, se aproximaba al punto en que esperaban sorprenderle.

Por detrás se acercaron sus dos compañeros, quienes subrepticamente encañonaron a Sherzat; este no opuso resistencia, pero bastó una mirada a su colega para que desenvainara su arma y apuntara con el brazo estirado y firme en dirección a la rehén.

Las damas comenzaron a gritar y ella misma las contuvo.

Polochnik asió con fuerza a su interlocutor y sacó su respectiva pistola, a la vez que lo hicieron media docena de concurrentes. Un silencio total se cernía sobre el recinto, nadie se atrevía a moverse; unos pocos buscaron protección cerca del suelo o detrás de estructuras próximas a ellos.

—Es el fin del camino —sentenció Kiril—. Entréguese por las buenas, no nos obligue a usar la fuerza.

—¿Ustedes? ¡Ah! Niñatos, pobres becerros —espetó el aludido—. ¿Se atreven a amenazarme a mí? Puedo aplastarlos con solo cerrar mi mano, ya lo hice una vez...

Era una ofensa deliberada, con la intención de desmoralizar a sus captores. Las facciones de Kiril se contrajeron de una manera perceptible, pero el recuerdo de sus camaradas caídos no hizo más que fortalecer su voluntad.

—Hoy es el día en que tendrá que pagar por ello. Ríndase y vivirá.

—¿Para ser el trofeo de caza de una pandilla de traidores y cobardes? No lo creo.

Nursultan obligó a Yasna a levantarse del asiento. Otras mujeres le miraban con pena y conmiseración. Aquella madura dama que promovía la maternidad le observaba boquiabierta, como si pensara: “¿Quién es esta mujer y

quién su esposo, para que venga una cuadrilla de comandos a secuestrarlo a punta de pistola?”.

La expresión en el rostro de Yasna parecía decir: “Adiós, queridas amigas, ¡nunca las olvidaré!”.

Mientras Berestnev, junto a su matón y su rehén, se retiraba hacia un corredor. Cuatro elementos del Ejército chileno se pusieron en el camino de sus captores, los oficiales a los que el fugitivo servía de testaferro y gestor en sus oscuros negocios, habían dado la orden a sus subalternos de bloquear la persecución de su protegido, facilitando su huida. Deudores y agradecidos de sus solícitos servicios, no podían hacer menos que ello.

—Mira, amigo, no queremos problemas —dijo Kiril al líder del grupo—. Déjanos pasar, es nuestro derecho, ¡él es nuestro objetivo!

—Lo siento, compadre. Nadie pasa de aquí —respondió el soldado, un hombre de apenas veinte años con trazas de nativo americano y piel cobriza. Su cuerpo macizo se inclinaba sobre el de su contrincante a manera de luchador de sumo, mientras con las manos extendidas hacia adelante amenazaba con aferrarle.

—De acuerdo —dijo Kiril, echándose hacia atrás para luego dar un grito, el llamado al ataque de su compañía—. ¡¡Valor!!

Frente a la atávica arenga, los cuatro hombres se abalanzaron sobre sus contrapartes y se enredaron en una frenética lucha, mientras Vitalina, saltando por encima de compañeros y rivales, se dirigió corriendo hacia el pasillo por donde había desaparecido Berestnev. Un Sherzat desarmado corrió tras ella, acaso también para escapar. Llegando a una puerta

que conducía al exterior, a la luz cegadora del sol de mediodía, Vitalina se detuvo a observar a su alrededor. Solo había a un lado una especie de cobertizo, a unos cien metros, en el que se veía un Jeep cubierto por una especie de lona de camuflaje. Sherzat le había alcanzado; esfuerzo inútil el suyo, pues detrás venían sus compañeros. Dos apuntaban hacia delante y dos hacia atrás a los soldados chilenos que caminaban tras ellos, a prudente distancia. Parecieron comprender que aquella cacería no tenía nada que ver con ellos, por lo mismo no tendría sentido prolongar la lucha con sus antípodas; más no dejaban por ello de seguir instrucciones de sus superiores, quienes les habían intimado a dar alcance a los extranjeros.

Antes de que Vitalina pudiera llamarles la atención sobre aquello, la luz del Jeep se encendió y el vehículo comenzó a avanzar a paso acelerado hacia ellos. Parcialmente descubierto, Nursultan conducía el enorme bólido. Su jefe en el asiento de atrás estaba en cuclillas, y Yasna junto a él a resguardo de los disparos que no tardaron en producirse. Los soldados chilenos corrieron hacia un extremo y los rusos al otro cuando el Jeep intentó arrollarles. En la refriega, el chófer había sido herido, conducía de manera errática y con la velocidad algo disminuida, mientras se acercaban a un helicóptero propiedad de Carabineros de Chile, situado en una especie de amplio jardín, alejado del recinto. Los uniformados que custodiaban el aparato volador fueron reducidos por Nursultan, quien los desarmó y obligó a prestarle auxilio, ya que la hemorragia en su brazo era incontrolable. Esta acción sirvió además como distracción

para que Berestnev tomara posesión del helicóptero. De alguna milagrosa manera, había logrado conservar el maletín en el que se encontraban los documentos que debía intercambiar por otros; estos fraguados, los otros auténticos, y por medios ya aprendidos los haría desaparecer.

—No me mires a mí —dijo a Yasna, mientras se disponía a pilotar el aparato, a emprender la huida con rumbo desconocido—, enójate con ellos que te metieron en este embrollo. Yo desearía que esto hubiera ocurrido de otra manera —agregó, intentando poner la mano sobre el muslo de su rehén.

Ella se resistió, disgustada por su impropia actitud.

Las aspas del helicóptero comenzaron a girar, y el estruendo y el viento hicieron retroceder a los policías y al guardia. Desde cierta distancia, con impotencia, los soldados de ambos grupos miraban al vehículo elevarse, primero balanceándose y luego con más firmeza, incluso con cierta gracia en el vuelo. El líder de los chilenos estableció comunicación con una central para entregar la información acerca del estado y posible dirección que la aeronave emprendería en su huida.

Dentro de la misma, Yasna abrió su bolso sin que Polochnik advirtiera sus movimientos, pues con ese fin se había colocado en el asiento trasero.

El cobertizo en que habían estado ocultos, y más precisamente el Jeep, contenía una caja que los organizadores del evento habían dejado oculta u olvidada, en la que se encontraban algunas municiones que se utilizarían en una demostración programada más adelante. De ese contenido extrajo sin dudar dos granadas que ocultó entre el maquillaje y los

artículos íntimos. Enlazó silenciosamente los anillos, y cuando tuvo ambas amarradas...

—De acuerdo, señor —anunció sosteniéndolas en una mano—, vamos a bajar ahora o volamos en pedazos los dos.

—¿Qué estás haciendo, loca de remate? ¡Dame eso! —tronó la voz de Polochnik, sorprendido y asustado por la audacia de su rehén.

Se había olvidado de dónde llevaba la pistola y cuando acercó su mano a ella, Yasna le golpeó en la cabeza con los explosivos.

—Le digo que descienda. Hablo en serio, no tengo nada que perder.

—¿Te matarás conmigo? No lo creo.

—¿Quieres ver? —replicó Yasna, poniendo sus brazos delante de él, tensando las anillas.

Berestnev soltó el mando del helicóptero y sujetando los brazos de Yasna, intentó quitarle los explosivos de las manos. Ella respondió al ataque aprisionando la cabeza de su captor entre sus codos, él intentó morderla, pero no consiguió abrir la boca. Siguió a esto un tira y afloja entre los dos, mientras la aeronave comenzaba a girar sobre sí misma. En un punto del combate él tenía asida la cabeza de Yasna, mientras ella le apretaba la garganta con su brazo. El vehículo comenzó a descender, empujado de manera inconsciente por la presión de la pierna de Berestnev sobre el control.

Los asistentes a la Expo les veían como una figura más o menos reconocible que seguía descendiendo. Se perdió de vista entre los edificios y... Nadie sabía decir si la explosión

se produjo antes o fue causada por el impacto de la aeronave contra el pavimento, en la Avenida Las Industrias.

La bola de fuego consumió casi por completo lo que quedaba de sus ocupantes. Más tarde, algunos bomberos asegurarían que los cuerpos estaban enlazados, como si se besaran.

La concurrencia en el círculo de suboficiales comenzó a dispersarse. Los soldados chilenos consolaban a los rusos, quienes, viendo la columna de humo que subía del sitio donde había caído la aeronave, miraban al horizonte como esperando que el pájaro metálico volviese a elevarse.

Cuando, saliendo del shock inicial, Vitalina fue capaz de llorar, lo hizo con todas sus fuerzas, arrojándose en los brazos de Kiril.

La escena conmovió incluso a los antiguos secuaces de Berestnev, ahora huérfanos de amo, quienes se entregaron voluntariamente a las autoridades chilenas, conscientes del papel que habían jugado en aquella tragedia, y temerosos de una represalia aún mayor contra ellos.

El tiempo que hasta entonces había transcurrido rápido, desde ese minuto fatal, pareció casi detenerse. Solo importaba proteger a la compañera que se había desmayado vencida por el dolor; como en los peores días de Chechenia, el horror y la angustia habían vuelto a unir a los hermanos de armas en una causa común.

Capítulo 15

El carácter político del asunto no trascendió en absoluto, al día siguiente los diarios emitían titulares como:

*¿ACCIDENTE O SUICIDIO?
TRAGEDIA AÉREA EN SANTIAGO*

*EX MILITAR RUSO SE SUICIDA
JUNTO A SU NOVIA*

*TRAMA DE CORRUPCIÓN
TERMINA EN HUIDA Y MUERTE*

En el último, los periodistas se centraban en los antecedentes de Polochnik y su implicancia en el pago de sobrepagos y contratos con empresas “fantasma” por parte de las Fuerzas Armadas chilenas, de lo que devino una investigación a fondo acerca de la veracidad de los balances y actividades financieras del Ejército y la FACH; la después llamada “Trama Rusa”, llevó ante la Justicia a varios jefes y oficiales de menor rango. Para estos últimos se repartieron penas de prisión e inhabilitación. La plana mayor salió prácticamente indemne, salvo por dos sentencias de pago de multas. El castigo mayor vino por parte de la opinión pública, que no volvió a verles con la confianza de la que gozaban antes. Su reputación se había manchado por causa de algunas manzanas podridas.

La participación de Yasna en la frustrada Operación Visarion fue prácticamente ignorada por la prensa chilena, que la consideró como una “víctima circunstancial”. Pero

en Moscú, gracias al testimonio de los denominados “Cinco de Santiago”, su sacrificio fue reconocido hasta el punto de serle otorgada a título póstumo la Orden Al Mérito Por La Patria, 4ta Clase.

—Como ustedes, señores, perciben a mi hermana, y lo que piensan de ella evocando sus acciones —dijo Dana en el discurso de aceptación de la medalla de la Orden—, nunca hasta ahora había sido capaz de verle. Esa es mi tragedia y mi dolor; recién ahora siento que la conozco de verdad, y es gracias a ustedes, en quienes confió y por los cuales se arriesgó hasta el último instante, que puedo yo reconocer esas virtudes que con tristeza admito que ignoré durante tanto tiempo —sus palabras resonaron en el auditorio de un Estado extranjero, gracias a un traductor, frente a una audiencia a la que jamás había pensado dirigirse. Un momento de emoción y de comunión con personas a las que le unía el pesar por la pérdida y el honor de haber compartido su vida junto a ella.

Elevó al cielo el estuche con la presea, ofreciéndola para que su hermana ausente bajase a recibirla. Esa conmovedora imagen apareció al día siguiente en las portadas de varios periódicos. El tributo final a una vida tronchada en su plenitud, pero que serviría de ejemplo a muchas otras. Al revés que en su país natal, tuvo el efecto que el Gobierno esperaba, y reavivó la alicaída imagen de los guardianes de la Patria.

La foto de Yasna junto a Vitalina, sonrientes en sus ropas de fajina, con la cordillera de los Andes de fondo, adornaba junto a otros recuerdos igual de especiales el muro de la sala de estar del departamento de la última.

—Me encanta esta corona, la encuentro preciosa —comentó su hermana, Elizaveta, colocando el círculo floral sobre la cabeza de la novia. El vestido de Vitalina, blanco pálido, ceñía su talle, restringiendo sus movimientos. Los bordes de la falda le cubrían los pies mientras se encontraba sentada, con su hermana revoloteando alrededor de ella, revisando meticulosamente todos los detalles. Faltaban el velo y la cola, pero eso se agregaría en la Iglesia.

—Quiero ver ya la cara de Kiril cuando te vea —susuurraba Elizaveta, sonriéndole con los ojos húmedos—. Marcel está ya esperando con el automóvil, será mejor que bajemos ahora.

El esposo francés de Elizaveta era el chófer apropiado para la ocasión, al ser un corredor retirado de karting. Con ningún otro llegarían más rápido a la Iglesia del Apóstol Santiago, en Basmanny, elegida precisamente por el nombre de la ciudad que volvió a unir a los ahora prometidos.

—Espera un minuto —dijo Vitalina, caminando con dificultad hacia la cocina.

Regresó con una botella de pisco “Matador” y dos vasos pequeños.

—A tu salud, hermana querida —dijo una vez que llenaron los vasos hasta el borde.

—A la tuya, tu felicidad y la de tu esposo —respondió Elizaveta.

Sacudieron las cabezas después de beber, y se abrazaron sollozando.

Mientras Elizaveta abría la puerta, Vitalina alcanzó a verse una vez más, reflejada en el cristal del cuadro en que

Anatoly Scherbin

aparecía junto a su difunta, su querida, entrañable compañera. Sonrió exactamente de la misma forma.

FIN